

Ebel Barat

# CUENTOS AMARILLOS



EDITORIAL FUNDACION ROSS

Barat, Ebel

Cuentos amarillos - 1a ed. - Rosario : Fund. A. Ross, 2007.

224 p. ; 21,5x15 cm.

ISBN 978-987-1133-43-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 05/06/2007

*Fotografía y Diseño de tapa:* Waldi Tappari

© De esta edición:

Editorial Fundación Ross

Córdoba 1347

2000 Rosario - Provincia de Santa Fe

República Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

I.S.B.N. 10: 978-987-1133-43-7

Impreso en Argentina

## BATILIO

Allí va, saliendo con el moro y chiflando el chamamé. El mismo de todas las mañanas con sol.

Retrasa la mandíbula y dobla la lengua hacia arriba produciendo un chiflido enérgico. Un chiflido que va jugando con el ritmo por un buen rato y que en algún momento empieza a arrastrar las notas como buscando algo. El caballo sigue por el camino metiéndose en el campo y las notas se van alargando. Se van preparando unas tras otras mientras el caballo se aleja. Hasta que las notas, no el jinete, sueltan la rienda. Sueltan la rienda, nomás. Y el jinete levanta la pera cuadrada al cielo para empujar un furioso chiflido que parte la mañana, como el pito de los viejos trenes. Y se desencadena lo que a todas luces es un sapucaí. Un sapucaí de viento. Se le sale la cadena al chamamé, como a él mismo, casi cada mañana.

Vaya a saber a quién andará tentando. Vaya a saber a quién invita para que se le una en una de sus vocaciones: andar de joda. Quizá a él mismo.

Pero salió puntual, como todas las mañanas. Va al paso con el moro. Va para el campo como siempre, haga frío o calor, llueva o truene.

Aunque cuando llueve y cala el frío, se lo ve bien distinto, como el clima. En lugar de su chamamé que se desboca, se le contraen los músculos faciales. Y adquiere aspecto implorante. Algo así como los heridos en las películas de guerra. Ese sí que es un día hostil. Cómo no compenetrarse con su amargura frente a la crueldad de este clima implacable.

Es verdad. Hay que subirse al caballo con el frío y la lluvia. Hay que aguantar el dolor del frío en las manos que no terminan nunca de curtirse. Hay que soportar cómo se solidifican las botas de goma. Las botas de goma que le pasan el nivel de la rodilla, y que no le permiten flexionar las piernas en un buen ángulo, por lo que, en esos días, las deja colgando

sobre las costillas del moro. En esos días no chifla. Sale mascullando alguna venganza, pero no dura mucho. Enseguida se le pasa. Será el moro con su andar cansino y calmo. Al moro no lo afecta la helada, ni el calor ni la lluvia. Marcha igual. El moro marcha igual desde hace veinte años. Y él no lo apura. No lo apura ahora, que la mañana está de chamamé, ni cuando aprieta el frío o el agua. Al moro no lo apura. Quizá sea el moro el único que pueda con su carácter.

Sin soltar las riendas se levanta la gorra y con la palma de la misma mano se alisa los cabellos. Ya van dejando de ser renegridos y empiezan a soltar largas hebras blancas que no le restan brillo. Al contrario, lo realzan. Se cala la gorra y quizá aparece una solitaria sonrisa. Una sonrisa que dejará ver el ancho hueco que dejó el canino a manos de la carie.

Batilio se va pal campo, dice su mujer y después sostiene un instante la mirada y se ríe. Se ríe y sus ojos, que adquieren luz por un instante, vuelven a nublarse. Y se mete, con la cabeza gacha, en la casa mísera. Allá va, al paso con el moro a darle de mamar a los terneros de la leche de las vacas amas. De las vacas que, casi siempre, no tienen ganas de dejarse mamar por esa otra cría que no es la suya.

Pero él se las ingenia para que se le prendan de la teta y chupen un poco. Se las ingenia casi siempre, porque no falta alguna vaca malparida que rechaza al intruso. Que con tal de que no mame, ni siquiera le permite prenderse a su propio ternero. No faltan esas vacas en el corral lleno de terneros flacos, con alguna excepción, claro. Y allí está la colorada.

Ah colorada, a ver cómo te portás hoy.

La colorada da vuelta la cabeza y mira. Mira con otra fuerza. No como una vaca con cría. Mira fijo y con los ojos bien abiertos. Batilio también la mira.

Ah, andás alunada, esta mañana. Yo te voy a curar despacito.

Y Batilio, con una larga vara de paraíso busca arrimarle su ternero. La colorada lo deja. La colorada deja que el ternero se prenda pero lo mira a él. Entonces él busca algún otro que anda sin madre y miedoso.

Y empuja con el palo al ternero flaco y miedoso. El hambre es más que el miedo, ya se sabe, y el ternero peludo y flaco busca la teta. La

colorada se corre y suelta una patada. Batilio empieza de nuevo. De nuevo con el ternero propio que tarda un poco más en prenderse. Y enseguida con el flaco blanco.

Daaale colorada bellaca. Daaale.

La colorada da vueltas sobre sí misma hasta que su ternero se desprende. El flaco blanco no atina a nada.

A cada intento de Batilio, la colorada se corre en redondo.

Daaaaaale colorada malparida. Daaale colorada hija de puta que te vas a acordar de mi.

Pero la colorada se aleja.

Y así una y otra vez, sin que pueda prendérsele ninguno de los terneros, ni propio ni ajeno. Y meta vuelta y maldiciones sordas en el corral.

Hasta que empiezan a llegar las lágrimas.

Colorada guacha hija de puta.

Batilio corre en dirección al moro y desata el lazo. Vuelve caminando decidido hacia la colorada que al verlo se aleja.

Veniii, venii para acá hija de puta. La vaca se aleja

Batilio corre contrahecho tras ella y al final: tomá, tomá hija de puta, así te acordás bien de mí, le descarga cuatro o cinco azotes con el lazo enrollado y con todas sus fuerzas.

Algunas vacas sueltan a los terneros, propios y ajenos. Otras siguen en su lugar dando de mamar. Hay de todo en el corral. Pasa lo mismo cada jornada, La mayoría sobrevive, porque no es más que eso, alguno un poco más que eso, aunque no alcance para la alegría. Y claro, alguno también se muere.

Vaya a saber por qué Don José, si hasta ayer mamaba.

\* \* \*

Hoy tocó dar de mamar en el corral del casco a pesar de la llovizna. Hoy viene el veterinario a vacunar y hubo que traer todo el rodeo de las amas con lo terneros. Mucho para Batilio solo. Esta mañana no se escuchó ningún chamamé. Se escucharon sí, algunas maldiciones a lo lejos y algún que otro galope tendido cortando las puteadas. Pero las vacas llegaron bien al corral y aunque moleste la llovizna, Batilio está bastante tranquilo y haciendo buena letra porque anda el patrón, y Sosa controla.

Apenas se juntó barrito pero la llovizna sigue y se escucha el cloquear sordo de las botas de goma que le pasan las rodillas. Las rodillas fuertes y un poco metidas hacia adentro en medio de dos piernas vastas y poderosas. Esas piernas cortas apoyadas sobre el pie trapezoidal y plano que deforma la bota. Pero Batilio se las ingenia para emprender carreras cortas cuando un ternero se separa de la teta. Y hoy tiene el corral bajo control. Hoy es rey de su reino y muestra. Hoy casi no corre y cuando lo hace, es con una cierta elegancia que no quiere arruinar una mañana tranquila. Sobre todo cerca del casco.

Cómo anda el ciego, pregunta Sosa.

Anda bastante bien, ayer mamó.

El ciego está mal. Ternero y ciego. Sin madre propia. No da mucho margen. El patrón mira y lo sabe. Sabe que el ciego está más cerca del arpa que de la guitarra. Pero ya es una cuestión que él acepta. No es fácil sacar un ternero de su destino cuando la suerte está echada. La suerte que le destinó ese campo y esa gente. El ciego está solo en un rincón y Batilio lo toca con la vara de paraíso para ver si busca la teta.

Pero no hay caso, el ciego no quiere mamar,

Y si hoy no mama, reflexiona el patrón.

Pero es un buen día, con todo el cuadro controlado Batilio se ve tranquilo y bajo, en medio de la gruesa corpulencia de las vacas. A pesar de sus noventa kilos, apenas les pasa el nivel del lomo y detrás de una overa se ve su gorra que le sujeta los cabellos. Esos pelos hirsutos que vuelan hacia afuera ensanchándole la nuca.

Hay uno con bichera, le dice Sosa.

Cuál.

Aquél que está con la careta grandota, al lado del cepo.

Se ve que el producto no anduvo porque es el único que se embichó. Abajo de la manga tengo el producto.

Va y de debajo del estribo del brete, saca un aerosol bastante voluminoso y mugriento de sangre seca y, sin apurarse como si el ternero fuese a esperarlo, camina hacia él. Hubiera sido mucha suerte, a veces pasa. Pero ahora pasa lo que tiene que pasar, el ternero suelta la teta y se aleja al trote. Él lo corre con un pique corto, alcanza a agarrarlo de la cola y se afirma con los tacos. Se siente un pequeño crujido y parece que la cola se estirara.

Batilio está afirmado pero hay barro y se le van los tacos hacia adelante. Aguanta lo que puede.

Al final los tacos zafan y se produce el resbalón. Batilio cae de espaldas con todo el peso. Tirado en el barro se rehusa a soltar esa cola. La tracción del ternero lo gira en el suelo. El ternero lo arrastra unos dos metros por el barro playo bajo la mirada silenciosa de Sosa y el grito del patrón: largalo Batilio.

Quién sabe si el ternero se soltó solo, si él lo largó en su impotencia o si obedeció a la orden del patrón.

Batilio permanece unos instantes tendido, rígido como una piedra. Quizás tratando de ahuyentar el odio que empieza a pudrirle el ánimo. Se incorpora lentamente, se mira las palmas enrojecidas por donde corrió la cola, y después lo mira a Sosa. Batilio pone, por fin, la misma cara que en las mañanas gélidas y se queda callado mirándose las palmas escaldadas.

Va a haber que enlazarlo, dice Sosa.

No llega a luz, pero hay un cambio en el gesto de Batilio. A lo mejor es una solución y además a quién no le gusta tirar el lazo. Allí está el dueño. Buena ocasión para lucirse.

Roxanaaaa, Roxanaaaa, traeme el lazooo, grita Batilio con una voz acostumbrada al espacio, sin cortesías ni violencia.

Se diría que Roxana estaba esperando. Salió de la casa antes que Batilio terminara de llamarla. Hombre y mujer, a veces, se predicen.

Tal vez éste sea el caso. El caso es que Roxana sale de las dos habitaciones pegadas al galpón donde les toca vivir, con el lazo en la mano. Roxana es flaca y callada, y ahora va muy seria hasta los corrales para llevarle el lazo a Batilio. Ni siquiera mira a los costados por donde andan Sosa y el patrón. Roxana no los mira pero los ve. Ella solamente lleva el lazo. Se acerca al corral y se lo da a Batilio sin una palabra. y se retira un puñado de metros.

Batilio lo arma despacio, con gesto serio. Como si reflexionase para lo que sigue. Hay que prepararse, esto no es pa' cualquiera.

Por allí anda el embichado y Batilio se arrima un poco, dejando a sus espaldas el palenque. Levanta los brazos y empieza a revolear el tiento, que armó bien grande, a lo gringo. Lo va revoleando y se acerca al ternero que ya se dio cuenta. El ternero se echa hacia atrás hasta donde puede y al final se dispara. Pasa de costado a toda velocidad y Batilio le tira a las manos, que pialar es de los que saben. Pero el ternero pasa nomás.

Cerca, le grita Sosa. Todos quieren que enlace, Hay que curarlo de la bichera.

Batilio arma tranquilo haciendo correr la cuerda por el ojo y de nuevo a revolear y a acercarse. Casi lo mismo, pero de otro lado. Otra vez pasa el ternero. Y otra vez a las manos, pero más fiera que antes. Sosa no habla. Ya tiró dos piales, ya está bien.

Ahora a la cabeza. Nadie lo dice, pero es claro. Al final el lazo vuela de lejos y de atrás del ternero haciendo una parábola que le cae bien desde arriba. Le toma la cabeza y el cuello hasta apoyarse, en parte, en el suelo. El ternero se asusta y sale. Batilio pega un tirón enérgico y se afirma echando el cuerpo en contra del ternero y el lazo se tensa.

Quedó una mano adentro, el ternero corcovea para soltarse.

Aguantando los tirones pero tranquilo, Batilio se acerca y agarrándolo de una oreja y la boca, le tuerce el cuello hasta que el animal no puede otra cosa que seguir esa fuerza y se deja caer. Batilio se arrodilla y apoya su pierna flexionada sobre el cuello del animal, que no se mueve más. Enseguida aparece Sosa, aerosol en mano. Con un palito limpia concienzudamente las larvas turgentes de la bichera y después le echa dos o tres soplos de aerosol.

Listo, afuera el lazo y el ternero arriba. Ahí va, donde está el grupo de animales.

Hay otro, Batilio, dice Sosa y hace notar su vista y su conocimiento. Él es el encargado y allí está el patrón.

Dónde.

Atrás de tu amiga.

Atilio busca.

Y sí, atrás de la colorada hay un ternero.

El overo grande, pregunta.

Si, tiene abichada la capadura, fijate que chorrea.

Batilio arma el lazo. Lo lleva colgando y camina hacia la vaca para separarla del ternero. Esta vez no le dice más que: vaaaa coloradaaa. Lo que tienen que hablar entre ellos lo deja para después. Ahora estamos en el casco.

La vaca se aleja un poco y allí queda el ternero, que parece bastante tranquilo. Batilio toma distancia y despacio, como corresponde, empieza a revolear el lazo. Unas cuantas vueltas nomás y allí va.

El novillito casi ni se movió. Bien fácil.

Pero no, cuando Batilio ajusta el lazo el animal se asusta fiero y sale con todo. No es poco, tendrá unos doscientos cuarenta. Batilio lo sigue a donde corre, a la velocidad que puede. Lo sigue a la carrera.

Hasta dónde le van a aguantar las piernas. Las botas cloquean tanto que parece que fueran a reventar. Y Batilio va de un lado al otro y no suelta. Algún vasco cabezón le dio el apellido y con el apellido, las ganas de no soltar. Batilio aprovecha el palenque y lo rodea con el lazo para pararlo un poco al novillo, que todavía no se cansa. Éste sí que es fuerte, éste está bien lejos del arpa. Y allí quedan hombre y animal, uno en cada extremo del lazo. Quietos y metiendo toda la fuerza en el mismo lado del corral, con el palenque adelante y al medio, no muy lejos uno del otro.

Ya te vas a cansar cascarria, le advierte Batilio bajando la cabeza y haciendo resonancia en su pecho inflado.

Pero el bicho, no parece muy cansado, vaya a saber. El bicho está echado hacia atrás, trabado como Batilio que bufa bastante. Batilio está

serio, aferrado al lazo. Batilio empieza sentir, de nuevo, como lo provoca la ira. No dice nada.

Allí están el novillo y Batilio, porfiando un cotejo imprevisible. No está claro qué va a pasar y se espera en silencio.

Vaaamos cansate cascarría, lo azuza Batilio sin aflojar, pero no pasa nada.

Batilio se relaja un poco. Se hubiera creído que el animal estaba esperando eso. Pero el animal no sabe. Es obra del imponderable. El animal, sin embargo, sale a toda velocidad y pasa entre Batilio y el palenque hasta el cerco opuesto. Batilio no alcanza a retroceder para darle menos cuerda. El bicho pega una vuelta de ciento ochenta grados y se lanza de nuevo en dirección a Batilio, pero ahora dejándolo en medio del palenque y el sentido de la carrera. Batilio responde a los movimientos nerviosos con lentitud. Está como abombado. Las botas de goma, el barro y las escaldaduras en las manos, lo habrán ido minando. No se da vuelta con la agilidad necesaria y cuando el novillo pasa a la carrera, lo barre con la cuerda a la altura de las canillas, en el costado de la pierna derecha y lo descalza completamente, alzándolo en el aire. La gruesa corpulencia de Batilio queda en una perfecta posición horizontal a casi dos metros del suelo, Permanece así durante un instante fotográfico, y después cae exánime, con todo su peso y con un sordo ruido apagado por el barro.

Batilio no se mueve.

Batilio como cayó, quedó

Allí está Batilio, quizá desvanecido.

Quizá tratando de entender qué pasa.

Ni el patrón ni Sosa dicen nada. Lo miran a Batilio.

Muy lentamente, comienza a revolverse, a despegarse del piso

Sosa dirige su mirada hacia Roxana

Entonces Roxana, que está riéndose en silencio, baja la cara y da media vuelta para volver a su casa.

\* \* \*

Bajaaate, bajaaatee.

Es media mañana y por todos lados se huele la primavera. Además llovió hace tres días y el campo está listo para lo que se quiera, Hoy toca disquear y Batilio salió temprano con el Massey para empezar con el lote cinco. Son cuarenta hectáreas y va a llevar bastante más de un día, si todo va bien. Por qué no va a ir todo bien. Hay que ser positivo. Además con este día. Pero Batilio está parado hace un buen rato.

Bajaaate, bajaaatee.

Allá lejos está el tractor, en una cabecera del lote. La brisa trae la voz de Batilio. Qué problema tendrá éste, ahora. Mejor voy para allá. Sosa sale en su yegua, primero al paso, después al trote corto. A Sosa no le debe gustar el moro, quizá porque es demasiado grande y lento. Sosa sale al trote corto con la yegua alazana y la perrada con él. Los perros lo quieren. Todas las mañanas se escucha la fiesta que le hacen cuando se levanta. Y él los retribuye con caricias antes de meterse en el baño. Él, todos los días, les da de comer lo que haya. Los restos de un animal muerto, siempre a alguno le toca, los restos de la comida o si no, les mezcla maíz molido con leche. Los perros se abalanzan sobre cualquier bocado. Son muchos y la comida no sobra.

Sosa sale con trote fácil, en su yegua alazana. No gasta fuerza inútilmente. Hace los trabajos mejor que nadie pero no los hace todos, si no para qué están los peones. Sosa es el único que monta la yegua. A los otros no les responde como a él. No sube otro caballo, salvo el moro, cuando hay que enlazar de arriba, porque el moro es el más fuerte y cuando se afirma no lo mueven ni los toros.

Es un tranco largo hasta la cabecera donde quedó Batilio, unos dos mil metros. Sosa va como casi siempre, sin apuro. Qué va a ganar si sale a las corridas. Ya se verá. Pero con los golpazos de martillo sobre los fierros y el murmullo febril de Batilio, es difícil estar tranquilo. Encima en el casco no quedó nadie, salvo la mujer de Batilio que es más o menos lo mismo.

Qué se le va a hacer, a Batilio lo trajo él. Y ahora qué le va a decir al patrón. Además no es mal tipo, lástima que sea tan tarado.

Bajaaate, bajaaate.

Ya lo ve a Batilio echado debajo del disco, luchando contra quién sabe qué. Lo ve cómo golpea una y otra vez, la llanta de una rueda. Alcanza a ver desde lejos, cómo Batilio se levanta y eleva los brazos y la cara hacia el cielo.

Bajate, te dije. Bajá de ahí hijo de puta. Baajaate ya, hijo de remil putas, así te recago a trompadas.

Batilio le está poniendo banca al que mora en las alturas.

Sosa piensa que no están bien las cosas, Parece que Batilio anda caliente con Dios. Parece que lo quiere cagar a trompadas.

Sosa baja la cabeza y sonríe.

Qué anda pasando Batilio, que andás a las puteadas.

Nada, no sé Don Sosa, contesta Batilio al borde de las lágrimas. Se pinchó la goma del disco esta mañana, la lleve a arreglar al pueblo y ahora no la puedo poner a esta guacha puta.

Sosa mira desde la yegua.

Batilio, me parece que tenés que clavar el disco y dejás el eje en el aire. Cómo hiciste para sacarla.

No sé, no me acuerdo Don Sosa.

Sosa se baja de la yegua.

Subite al tractor y clavá el disco.

Cuando se clava el aparato, el eje donde va la rueda, queda a la altura necesaria para ponerla. Batilio mira desde la cabina, hacia atrás, con gesto inexpresivo, y no dice nada.

Ahí está Batilio, ahora ponela y dale que hay que terminar lo antes posible. Yo me voy a buscar los animales que se pasaron al campo del vecino. Al mediodía me quedo allí, los vamos a traer juntos, así que no vuelvo hasta la tarde. Cuando puedas date una vuelta por el casco que solamente quedó tu mujer.

Bueno Don Sosa, dentro de un rato vuelvo a ver qué pasa.

Batilio alza la cubierta y la coloca en la maza para ajustar las tuercas. Sosa sube a la alazana y sale hacia el fondo del campo.

Sosa escucha cómo, con su chiflido afónico, Batilio la emprende mansamente con la cumbia.

El tiro es largo, unos mil metros y no es fácil hacerlo bien recto. Más para Batilio que anda en los tractores pero todavía no tiene mucha experiencia. El trabajo del tractorista es monótono, pero la gente se acostumbra. Además siempre hay algo que controlar. Hay que darse vuelta bastante seguido para ver qué pasa atrás, con las mangueras y los fierros. Siempre se puede romper algo y es mucha la fuerza. Hay que tener cuidado.

La mañana ya se fue completa y el sol alumbra de arriba. Quizá Batilio piense en sus galgos y las liebres. Quizá en la fiesta del pueblo donde se reúne toda la gente y hay de todo. Batilio vuelve a chiflar adentro de la cabina, enfrentando el fragor del motor.

Batilio va y viene y no levanta nada de tierra. Se puede trabajar bien porque llovió hace tres días, cincuenta, y la humedad está justa. Las gaviotas, las bandurrias y algún chimango van detrás del tractor. Suben, vuelan un poco y enseguida se precipitan sobre la tierra para agenciarse alguna de las lombrices o las isocas que quedan al descubierto, a medida que pasa el disco.

La tarde se va yendo despacio y Batilio quizá está cansado o tenga sueño. El tractor va y, después de un buen rato, vuelve, y así. Sin novedad en el campo. En el casco quién sabe. En el casco sólo se quedó Roxana y Sosa dijo que mejor que controlara.

Batilio para en la cabecera más cercana al casco. No desengancha, deja todo como para volver dentro de un rato. Batilio sale a pie, rumbo a las casas.

\* \* \*

Otro día bueno. Así es octubre. Hay que aprovechar para cumplir con los encargos del patrón. Por suerte consiguieron la mezcladora para facilitar el trabajo. Sosa prepara la mezcla. Cardozo, que vino por el día, lleva los baldes y Batilio los echa en el encofrado campero que prepararon detrás de la pared del tinglado del tambo. Lo armaron con tablas viejas de pinotea y alambre de púa usado, que sirve para darle estructura al cemento. Lo van a hacer de unos ocho centímetros de espesor. Casi igual que el de los tanques australianos, dijo Sosa. Hay que construir un pasillo firme para la salida de las vacas, porque en el corral se entierran hasta la panza, del barro que se juntó con tanta

meada y tanta bosta. Se ensucian y después viene la mastitis. Hay que sacarlas del tambo lo más ágilmente que se pueda, así se van al campo enseguida y empiezan a pastorear. Si no se lo pasan haciendo fuerza para salir de la liga que se acumuló en el corral.

Vos Batilio andá echando los baldes y emparejá un poco que yo al final lo repaso. Sosa dejó su rastrojero cerquita y con la puerta abierta para escuchar mejor la radio. Hay música y es parecido al otro día, todo marcha bien. Batilio trabaja solo detrás del muro alisando la mezcla mientras espera que llegue Cardozo.

En algún momento, después de un rato, Cardozo se demora en traer los baldes. Estarán haciendo mezcla nueva. Batilio se apoya en el cabo de la palanca y presta atención al ritmo tropical que le llega desde la radio. Batilio se mete en los compases. Despacito empieza a menear la cadera. El peso a un pie y después al otro, suavcito. La pala se inclina a cada lado cadenciosa. Y al final se larga nomás, por qué no. Unos pasos cortitos y secos hacia adelante y se van Batilio y su palanca a lo largo del paredón, igual que cuando está lanzado en los mejores bailes de Villada, girando alrededor del mástil del club.

Sosa levanta la cabeza y presta atención un instante. Entonces deja la mezcladora y va hacia donde anda Batilio. Se asoma detrás del muro y allí lo ve, inclinado sobre su palanca, ensimismado en el ritmo picarón de sus pies cuadrados.

Sosa le hace señas a Cardozo para que se arrime.

Cardozo lo mira a Sosa y se ríe.

Qué tal la compañera Batilio, a ver si te la arrancás pal rancho.

Batilio se corta en seco y se da vuelta. A ésta me la llevo seguro, es bien calladita la flaca.

Los tres se ríen.

Vamos a darle pata así terminamos antes del ordeño de la tarde, dice Sosa. Vos Cardozo traé más tablas y alambre, así armamos otro recuadro para la mezcla. Batilio veni a buscar los baldes hasta que vuelva Cardozo.

Sosa da la vuelta y va donde está la mezcladora. Enseguida viene Batilio. A Sosa le parece que Batilio se ríe, pero no dice nada.

Ahora Batilio va y viene, desde atrás de la pared del tinglado a la mezcladora. Hace el trabajo de dos mientras espera que vuelva Cardozo. Sosa mezcla un poco más despacio para darle tiempo a Batilio. Pero vuelve bastante rápido y otra vez, a llenar dos baldes. Batilio se ríe pero no dice nada. Batilio lo mira a Sosa. Sosa lo mira pero tampoco dice nada.

Llega Cardozo con la carretilla destartalada.

Dejala ahí y cuando terminamos con la mezcla lo armamos entre los tres. Andá a buscarle los baldes al socio que me parece que lo agarró el viento norte.

Pero justo aparece Batilio con los dos baldes vacíos. los apoya en el suelo y los mira a Cardozo y a Sosa. Otra vez se ríe.

Che Batilio a ver si decís de qué carajo te andás riendo desde esta mañana.

Quizá Batilio esperaba la pregunta.

Lo que pasa es que la encontré como una gallinita hervida.

Qué.

Que la encontré como una gallinita hervida.

Cómo, como una gallinita hervida.

Si, se acuerda del otro día cuando estaba pasando el disco, que usted me dijo que volviera al casco porque no había nadie.

Si claro.

Bueno la encontré a Roxana que parecía una gallinita hervida, con las patitas p' arriba.

Cómo con las patitas p'arriba.

Si con las patitas p'arriba y abajo de Pacheco.

Cómo Pacheco.

Pacheco, mi amigote. Parece que la estaba pasando bien echadito encima, dice Batilio y sonríe mostrando el hueco grande donde le falta el diente.

\* \* \*

Y va pasando el tiempo. Más o menos lo mismo. ni mejor ni peor.

Sosa se ocupa de ir tapando los agujeros que dejan los otros cuando se necesita. No da para mucho más. Falta sistema, como casi siempre en el campo. Se va atendiendo lo inmediato. Quizá está bien pero al patrón no le gusta. El patrón es de ciudad y a él quisiera tener todo controlado. Pero no sabe cómo, entonces deja que las cosas sigan como van. Aunque a veces se calienta fiero. No es boludo. Pero por ahora alcanza así y Sosa sigue. Sosa no se mata y trata de que haya bienestar en el trabajo. Bien empilchado recorre en la alazana. Sosa va mucho al pueblo y le encarga cosas a Batilio. Seguro que, a veces, Sosa piensa en Roxana, quién sabe.

Batilio también sigue. No le gusta el trabajo con las amas pero no hay otro que se pueda ocupar. Ése es su principal trabajo. Al patrón tampoco le agrada que haya amas porque los terneros nunca están como deberían. Pero es un ahorro. Si no le sacarían tres o cuatro litros a las vacas de tambo y eso es mucho. Quizá haya otra manera.

Batilio, también, sigue siendo amigote de Pacheco.

Pacheco le pasó el dato.

Los paraísos ya empiezan a amarillear. Este año empezó a helar antes. Los paraísos son de los últimos en voltear las hojas. Hoy no hizo frío. Hubo un poco de humedad pero la tarde está tranquila. Anda el patrón. Sosa le dijo que Batilio le había pedido permiso para tomarse el día después de dar de mamar. Sosa le dijo que Batilio andaba bastante bien. Que si no se enloqueciera tanto, sería de primera. El patrón hace como que le cree. El patrón ya sabe la historia de Roxana. Sabe que eso, tal vez no termine bien, pero se calla.

Le gusta sentarse en la galería del chalecito que se hizo construir y esperar a que caiga la noche. Puede ver el campo por encima del cerco que le mantiene Juana, la mujer de Sosa. Juana no lo quiere porque sabe que le cuenta las costillas a Sosa.

El Patrón está mirando hacia el campo cuando lo ve entrar.

Ve un auto muy viejo que llega por el bulevar, ágil, sonando entrecortado como los motores antiguos de cuatro cilindros.

Está descapotado. No sabe si es un Chevrolet o un Ford, pero el que viene en el coche es Batilio. El patrón se levanta del sillón y mira mejor. Sí, es Batilio que maneja con la cara inmóvil mirando hacia delante. Que maneja con toda solvencia.

Allá, enfrente de su casa, Batilio para el coche.  
El patrón sale del chalet en dirección a los galpones.

Y ese auto Batilio  
Lo compré hoy Don José.  
Qué marca es Batilio.  
Un Chevrolet. Un Chevrolet 29.  
Y anda bien che.  
Por lo menos...

El patrón piensa rápido. Sabe que un auto es un cambio. Sabe que un auto sirve también para salir del campos. Pero en el fondo se alegra.

Éstos son buenísimos para el barro, Batilio, con esas llantas finitas no te para ni Dios. Aunque con ése, a veces no andás nada bien, eh. Pero bueno. Y el motor que tal Batilio.

Me dijo el dueño anterior que está bueno. Que si hace mucho frío, que le eche un poco de bardal en el carburador.

Ah sí, y de papeles cómo anda.

Y faltan algunas patentes, pero después lo voy a poner al día.

Y firmaste algo.

No pero el dueño anterior es de confianza, el colorado Viale. Es bastante amigote.

Ah, dice el patrón, pero no sabe quién es Viale.

Ya entró la nohecita y empieza a refrescar bastante. El patrón piensa que, a lo mejor, Juana le encendió el hogar. Lindo para quedarse al lado del fuego, después de comer.

Me vuelvo al Chalet Batilio, que me está entrando el frío.

Sí, capaz que hele.

Quién sabe, Bueno, hasta mañana Batilio y te felicito.

Hasta mañana Don José.

Juana no encendió el hogar. El patrón se acerca hasta su casa y le pide: Juana, no me arrimaría un poco de leña y gasoil para encender el hogar que la casa está un poco húmeda.

Ya enseguida, Don José.

No deben haber sido muchos más de veinte días. Unas tres semanas. Siguiéron las heladas y el campo está pardo. Queda poco verde, salvo en los pinos y los ligustros y debajo de las varas secas de alfalfa, en las pasturas más nuevas. En las cañadas, alguna que otra gramilla, pero casi todo del color de la paja. La peor época para las vacas que parieron en otoño y que tienen que aguantar dos terneros. Pero este invierno también va a pasar.

Ayer Batilio dijo que iba a dar de mamar muy temprano, a las cuatro, porque tenía que salir por un asunto del auto. Falta un rato para el amanecer. Todavía no terminó de asentarse todo el frío.

El patrón sale a la galería con el tazón de mate cocido en la mano y mira hacia los galpones. Lo ve a Batilio que va caminando en dirección al alero donde guarda el auto. Ya debe haber dado de mamar. Aunque habría que ver qué hizo, porque sin luz y a esta hora, vaya a saber si los terneros habrán chupado algo. No es bueno cambiarle los horarios, ya se sabe. Pero bueno, peor es nada.

Pareciera que los pasos de Batilio son más largos que su propio largo. Como si su piernas fueran extensibles. Batilio camina casi siempre así, enérgicamente.

Aunque, a veces, cuando las cosas no andan y sabe que lo miran, entonces se expresa, da rienda suelta a su sentimentalismo. Deja caer una pierna sobre la otra, en el límite del equilibrio. Batilio vacila en el horizonte, frente a sus mudos testigos, como si fuera a rodar por tierra en cualquier momento.

Pero hoy no. Hoy está solo y tiene cosas que hacer.

Batilio se trepa al Chevrolet en medio de la penumbra y le da llave. El motor gira durante unos instantes. No arranca.

Batilio insiste. A pesar del esfuerzo del burro, nada.

Vaaamos arrancáaa que el horno no está para bollos.

Y prueba de nuevo.

Todo igual y el burro empieza a cansarse. Tener que mover semejante motor con este frío.

Vaaamos, no me hagás ésto ahora, fierrito viejo. Vaamos Chivito viejoo.

Prueba apenas, sabe que se queda sin batería.

Batilio baja del auto y contempla el motor en absoluto silencio.

Roxanaa, Roxanaa, traeme el bardal.

Allí sale Roxana de la casa. Lleva la latita con el brazo extendido y así, con el brazo extendido, llega hasta Batilio. Separada de Batilio por todo el largo de su brazo, le da la lata.

Batilio la apoya en el guardabarros y abre la compuerta plegadiza del capot. Desenrosca algo. Será la tapa del carburador. Se ve que vuelca de la latita.

Con esto tenés que andar, eh. No me hagás renegar.

Roxana se aleja unos pasos reculando, como siempre, y mira.

Batilio saca de detrás del asiento la manija y la coloca delante del motor. Ensaya dos o tres poderosos manijazos y se produce una explosión seca y un fogonazo que sale por el caño de escape.

Va querieeeendoo. Va querieeeendoo, resuena la voz tonante de Batilio. Se toma un instante para meter un buen volumen de aire en los pulmones.

Y le pone toda su fuerza a los manijazos hasta que aguanta. Pero esta vez el auto se queda mudo.

Vaaaamos, no me hagás esto, te lo pido por favor, Vaaamoos, no me hagás esto que ya me conocéees.

Roxana sigue mirando retirada, allí en la penumbra. Con qué gesto estará mirando.

Batilio prueba otra vez, muchos golpes de manija. Hay que tener esos brazos y esos hombros para bancarse mover el motor. Y peor, para bancarse la inercia del volante. Si se desgarran y suelta la manija se pone knock out de un fierrazo.

Nada, El Chevrolet, duro como una piedra.

Te empacaste hijo de puta. La tenés conmigo, ya te conozco. Arrancáa, Dale arrancáaa, guacho. Y siguen diez giros feroces, como para desbaratarse los brazos.

El Chevrolet no da señales de vida.

Batilio se incorpora y se aleja un paso.

Ah siiif. Ah siiif.

Batilio extrae la manija del capot, se coloca en un costado. Observa un instante. Y entonces: tomá guacho, tomá, tomá y tomá, le descarga a la chapa cuatro o cinco fierrazos de bestia que hacen ladrar a los perros y volar un par de lechuzones.

El patrón, desde la galería, ve cómo Roxana no se mueve y sigue mirando.

\* \* \*

No deben haber sido más de quince días. Dos semanas. Y qué va a cambiar. Si es julio. Frío y seco como tantas veces.

Al patrón le parece extraño, no hay novedades. Y Sosa está raro. Un poco distante. Le preguntó qué pasaba, pero no, ningún comentario en especial, Al patrón no le gusta tanto esta calma, demasiada quietud, como si se acercara algo. Pero bueno, ya se verá

Y Batilio, cómo anda.

Bien.

Todo tranquilo con Batilio.

Si

Hace rato que no veo el Chevrolet, qué se hizo.

Ah no sé.

Ah, ya veo. Después le pregunto.

Algo pasa, se dice el patrón, me voy a lo de Batilio a ver qué está haciendo.

El patrón camina con la cabeza gacha, pensando que tal vez sean ideas de él. No se va a preocupar antes de tiempo, pero mejor va a ver en qué anda Batilio.

Llega hasta la puerta de tablas de lapacho, anchas y desiguales. La puerta que por cerradura no tiene más que dos ojales de hierro por donde pasar el candado. La puerta de un rojo subido que parece de antióxido. Tal vez cuando pintaron las chapas del techo del galpón, aprovecharon y le dieron una mano.

Adentro hay luz. El patrón golpea y dice permiso. Adentro nadie responde. Al patrón le parece oír un sonido extraño. El patrón insiste, golpea de nuevo y vuelve a decir permiiiisoo. No vaya a ser que tenga que vérselas con alguna gallinita hervida.

Adelante.

El patrón empuja la puerta que se arrastra chirriando por el suelo. Allí está Batilio, solo y sentado en el minúsculo banquito de campamento. Echado hacia atrás y apoyando la espalda contra la pared. Allí está Batilio, que no se para y que mira con mansedumbre. Que se entrega a la mirada del patrón.

Batilio con una guitarra entre los brazos.

A pesar de estar bastante curtido, al patrón, la escena, le cuesta un instante.

Cómo va Batilio.

Cómo le va Don José.

Bien che. Y esa guitarra.

Me la dieron hoy.

Ah sí, qué bueno. Y es buena.

Por lo menos.

Es usada.

Si pero está muy buena. Batilio tañe una cuerda para mostrarle al patrón.

Ya veo. Y a quién se la compraste Batilio.

No la compré, se la cambié a Saucedo, el del sindicato.

El patrón se pregunta cuál será Saucedo.

Ah sí, mirá vos.  
Sí me dijo que era de muy buena marca.  
Ah sí, y vos qué le diste.  
Se la cambié por el Chevrolet.

A pesar de estar bastante curtido, esta vez la noticia le cuesta un silencio más largo.

Pero bueno, ya está. Adelante con el trueque. Por lo menos, una guitarra no lo va a sacar del campo, o quién sabe.

Ah, mirá vos che. debe ser buena che. Parece muy buena che.

Imagínese, Don José, vale como un auto.

Ya veo. Bueno, a ver, tocate algo Batilio.

Ah no Don José. No sé tocar, dice Batilio y contempla la guitarra entre sus brazos.

\* \* \*

Sosa se dio el gusto. O quizás Juana. Sosa compró un camioncito para hacer fletés y se fue a los pocos días, casi sin avisar. Algo pasaba.

Batilio estuvo un tiempo a cargo, pero también se fue, con Roxana. Avisó un mes antes, como corresponde.

El patrón no lo vio nunca más. Alguna vez escuchó que andaba por Villada pero no le supieron decir si bien o mal.

## MORIRSE ANTES

Ya no debemos ser muchos los que estamos pensando. Qué estarán pensando los demás. Cuántos serán los demás, ahora. Yuri ya no piensa. O quién sabe. Me tomé el trabajo de llevarlo a la sala contigua. Prefiero estar sólo. Es, quizá, como ir acostumbrándose. Ahora sí, es tanto el silencio. Qué estarán pensando los demás. Mejor es estar solo, desde ahora. Ya se hizo todo lo que podíamos hacer. Con otro, quizá, buscaríamos seguir y qué ganaríamos. Hacer es no llegar nunca. Nunca se hace lo que uno quiere. Son siempre otras las cosas que uno hace. Aunque decida. Más ahora que las decisiones no son muchas. Lo mejor es quedarme quieto y solo. Es una manera de acostumbrarse. Se habrá acostumbrado Yuri. Quién sabe. En todo caso, él ya supo. Por qué habrá sabido antes que yo. Cuánto silencio. Es como el olvido del silencio. Para acordarse del silencio tiene que haber ruido. Tengo que pensar en el silencio para saber que hay silencio, si no es como si no hubiera existido nunca. El silencio del silencio. Eso, lo que ha de venir, debe ser parecido, tal vez. Para ser, tengo que pensar todavía. Pensar en la distancia que hay afuera. Distancia de oscuridad, de silencio. Distancia muda, de no hablar. Eso es la distancia, no poder hablar. La distancia es como el tiempo de no hablar. Aunque se pueda medir en metros o en volúmenes o en altura. Distancia y oscuridad. Son dos maneras distintas de nombrar estar solo. Por qué no se quiere estar solo. Se habrán inventado la distancia y la oscuridad para evitarlas. Será necesario no querer estar solo para ser hombre. Lo que llamamos vivir, será eso de no querer estar solo. No pensaba así cuando iba a la universidad. Ni después cuando hacíamos los ejercicios con la Flota de la Bandera Roja del Báltico. Mejor no recordar porque si no voy a empezar a desear. No debo desear y para eso tengo que estar solo. No moverme. Yuri no se movió para nada. Los otros, se moverán o pensarán. Los otros están a metros, quizá. Pero lo mejor para todos es saber que la distancia es el tiempo de no hablar. No, saber, no. Ser, ser el tiempo de no hablar.

Nosotros no tenemos que hablar más. Con los otros no voy a hablar más. Yuri ya no lo va a hacer. Yo no sé, quizá algo le diga aunque él ya no escuche nada. No creo. Además tendría que cruzar el tiempo de no hablar hasta la sala contigua. Tengo la pistola. Puedo usarla. O entretenerme pensando en usarla. Viéndola en el pensamiento. La puse a mano, por cualquier cosa. Es una manera, también, pero si no recuerdo, no la voy a necesitar. Si no recuerdo que soy yo el que estudiaba en Sebastopol, cerca del puerto de aguas negras y de chicas rubias. Chicas rubias con los ojos más rasgados que nosotros, los del noroeste. El olor de Sebastopol. Me gusta el olor a Sebastopol. No me molesta acordarme del olor, ni de las chicas. De Ekaterina sí. Cuidado. Cuidado, que Ekaterina se quede donde se tiene que quedar. Las cosas que pasaron con Ekaterina me pasaron a mí. Me siguen pasando a mí. Las que pasaron con las chicas rubias le pasaron al que yo recuerdo como yo. Si yo me recuerdo como el que fui, es decir si no soy yo, está bien. Puedo verme en el puerto de paseo con, cómo se llamaba. Sí, Natalia, creo. Sí, Natalia Vladimirovna. Las mejores piernas que vi, yo decía. Ahora me lo digo a mí que casi no soy porque, más bien, estoy recordando al que se ocupaba de ser yo. Y los tremendos barcos de carga de Odessa. Cuánto tráfico, cuánto vodka y cuánto marinero de noche. Y las luces de la noche en el calorcito del verano. Cuidado, esto debe ser un ejercicio frío, sin deseo. Yo no me muevo ni hablo. No hablar más es haberse ido definitivamente lejos. Tan lejos que cualquier distancia, cualquier oscuridad, es lo mismo. Qué distancia hay entre mis ojos y mis manos. La que yo quiera. Mis manos están aquí o ahí, más rosadas me parece. Es la falta de sol y del trabajo en la casa. Están ahí, llenas de conductos donde corre la sangre. Qué pasará cuando pare la sangre. No se debe parar de golpe. Viene con envión. Qué se sentirá cuando se vaya quedando quieta. Es como si las manos fueran lo más vulnerable. Les cuesta más quedarse quietas. Están hechas para hacer algo, para mostrar el deseo. Aunque nunca pueden. Me dan lástima esas, que son mis manos. Son animales que no saben que quieren seguir siendo manos. Que quieren hacer cualquier cosa. Pero yo no hago nada, yo soy. Quieto, sin hablar. Y los otros, qué pensarán. Pensarán lo mismo los otros. Cuántos quedarán de los otros. Mientras yo sea, las manos, los otros y los recuerdos es lo mismo. Yo respiro. Me veo el

pecho que empuja y se afloja y las manos quietas sobre el tablero, como esperando. Cuidado con las manos. Quieren hacer. Si las dejas también voy a hacer algo. O a hablar. La respiración es mejor. Ella no hace nada, solo ocurre. Cuánto tiempo más va a durar la respiración. Si la miro bien el tiempo se esfuma. O la respiración lo diluye o yo. Mirar la respiración como me enseñó aquella mujer en Moscú. Aquella mujer que dijo que no quería verme más porque se enamoraba. No se lo creí, no se lo creo. Sí lo de la respiración. Si miro la respiración, si la miro bien, soy. Pero ahora es difícil. Se hace pesado, muy pesado. Es duro el esfuerzo. Haciendo cualquier cosa no soy. Tengo que ser porque vienen los recuerdos. Mi padre que estará pendiente y sufriendo. Mi padre entre la esperanza y la resignación. Ivan que también estará pendiente. Y encima consolando a mi padre. Qué unidos éramos de chicos. Qué unidos seguimos de grandes, aunque a él le gustaba Ucrania, todo el año. Cuidado, así no, que Ivan y el padre respiren, que respiren como yo tengo que respirar. Aunque es pesado. Pero el pecho sigue subiendo y bajando. Lo mismo que el de Yuri, antes. O el de los demás. Unos cuantos pechos negros subiendo y bajando. Subiendo y bajando. Como los dos arcos negros del mío, Fiodor. Soy Fiodor Vasílievich. Fiodor Vasílievich. Qué significa. Dos arcos negros que suben y que bajan y las costillas que duelen de estirarse. Cómo duelen. Los demás tampoco hablan. O si lo hacen, lo hacen retumbando como la oscuridad en el silencio. Un tambor que suelta tinta negra y retumba. Así hablan los demás. Ahí están las manos. Las manos de todos. Qué hacen con sus manos. Están, están blancas. Todas las manos blancas, todas, puede ser, todas tiemblan arriba del panel. Todas arriba del panel. Del panel que hace olas. Olas, olas negras igual que la camisa transpirada. La camisa del pecho transpirado negro que sube hasta que duele. Distancia de no hablar. No puedo quedarme quieto. Respirar. Respirar como Yuri que me mira retumbando. Yuri que me mira retumbando. Cuidado, tengo que estar solo. Solo de no hablar. No hablar y solo y quieto. Quietos, quietos. Retumba. Retumba qué. Los demás, negros, que les sube y les baja el pecho. Muchos redondeles negros. No lloran ni se ríen. La cara les hace ondas a los demás y me miran con la boca abierta que les hace ondas como toda la cabeza. Me miran y flamean y no dicen nada los demás. Redondeles negros que salen y dan vueltas por el espacio

que es de agua. De aceite pesado. Dan vueltas los redondeles pesados adentro de la cabeza. Como sueño de aceite pesado. Nos vamos abajo. Tres días en el fondo. Oxígeno pesado. Aceite tibio y pesado para los pulmones. Cómo oprime el pecho la bolsa blanda llena de aceite. Cómo oprime en la nariz y en la boca. Yo, la boca, la nariz. Fiodor Vasilievich, yo. Oficial. Submarino M 96. Roja del Báltico. Tiempo de inmersión deicinueve segundos. Decinueve. Nos vamos abajo. Reventó el torpedo. Tres días. La nariz y la boca. Por favor. El pecho lleno de aceite pesado. El agua negra, todo agua alrededor. Por favor. Todos como olas negras transpiradas. Todo.

*Ciertos datos como la denominación de la flota y el submarino, así como el detalle del tiempo de inmersión, fueron extraídos de la novela "A Paso de Cangrejo", de Günter Grass. A él, si cabe, muchas gracias.*

## LECCIONES DE FRANCÉS

Primera lección. Goncourt, 21 de mayo.

Ella lo ha visto una sola vez, pero lo reconoce enseguida.

Es delgado y fornido. Un cuerpo que los años van a ensanchar.

Alto, casi muy alto.

Él la mira un instante, desde la esquina de enfrente. Se detiene, pero inmediatamente reanuda su marcha. Pisa con toda energía, con mucha seguridad.

Ella espera en la esquina y sonrío. Se sorprende. El también le sonrío, ampliamente.

Y cruza Parmentier.

Ella sigue sonriendo y ofrece sus mejillas para los dos besos.

Hola.

Hola. cómo estás...

A donde vamos, pregunta él.

Sígueme, hay un cafecito a dos calles.

Ella prefiere sentarse adentro, pero muy cerca de los portales de vidrio que dan a las mesitas de la calle. Se sienta primero. Lleva una calza negra que le llega a mitad de la pantorrilla. Junta sus muslos delgados y musculosos y coloca sus pies uno al lado del otro, perfectamente apareados. Es una esquina tranquila, pasan pocos autos.

Él se sienta frente a ella y sonrío. Habla. Quizás de algo que le parece atractivo. Bello.

Hablan bastante y sin proponérselo, los ojos ensayan un gesto de interés.

Ella pide jarabe de casis.

Para mi lo mismo, dice él.

Bueno, es hora de empezar, dice ella.

Bueno. Él comienza con una voz que se corresponde más con su cuerpo. Un francés duro.

Se ve que está ansioso. Que trata de pasar el examen. Habla como queriendo apurarse. Pero no se apura, su lenguaje no se lo permite.

Ya no la mira. Fija la vista en un punto y habla. Trata de contar su historia. Una historia que pueda agradarle a ella.

Dice que es bailarín, que se animó a bailar desde muy chico. A pesar de sus padres. Que lleva la danza en la sangre. Que nunca paró.

Dice que le gustaría escribir. Que está probando, que escribe poemas. Que le gustan los poemas. Que quiere probar en París. Que siempre quiso estar en París.

Ella presta atención.

Él habla hasta que la mira.

Ella le dice que su francés no es nada malo. Que no se apure. Que le hable de la danza. Que qué tipo de danza hace.

Danza contemporánea.

Cómo es la danza contemporánea, pregunta ella.

Aparece después de la danza clásica y después de la neoclásica. Pero es más libre y tiene muchas facetas y escuelas.

Dice que le gusta bailar de todo y que siempre va a seguir estudiando. No le gusta tanto la locura del ambiente, sobre todo la de los hombres. Muchos no son gay pero son muy locos. Peor. Es muy difícil tener tu amiga en el ambiente de la danza, es muy difícil bailar con la novia de uno.

Ella lo observa. Se pregunta cuántos años tiene. Alrededor de treinta. Tiene los ojos un poco cansados.

Y tú, hiciste danza.

No mucho. He hecho gimnasia, más bien. Pero sigo bailando, no profesionalmente, por supuesto.

Él parece pensar en otra cosa. Le está mirando el pecho. Un pecho delgado de senos pequeños. Un pecho de mujer muy delgada.

Ella habla, adelanta la boca y contrae los labios. Casi con el gesto de querer silbar.

Le parece lindo, Muy francés.

Pero para todas las cosas el movimiento es igual. El concepto de movimiento, dice él.

Ella parece pensarlo.

Y tú, cuál es tu trabajo.

Profesora de español. Hago traducciones, doy clases.

De libros.

Ahora solamente de guías turísticas. Tiene mucha salida y se puede ganar buen dinero.

Él le mira la boca. Ella se da cuenta.

Estoy cansado. Es la hora de terminar, dice él y sonrío.

Ella lo mira.

Él empieza a hablar en español, con otro timbre de voz. Habla mucho. Como si se hubiera estado conteniendo.

Ella escucha sin dejar de mirarlo.

Todavía hay luz en el café. Los días ya son largos y las tardes se demoran.

Bueno tengo que partir, dice ella.

Está bien, mañana a qué hora nos encontramos.

A las siete: Está bien.

Si, a las siete. Dónde.

En la misma esquina.

Bueno.

Se levantan y caminan juntos. Ella se detiene. Yo me quedo aquí y sonrío.

Bueno entonces, hasta mañana.

Hasta mañana.

Segunda lección. L'autre Cafe. 22 de mayo.

Ella llega primero a la esquina y mira. Enciende un cigarrillo para esperarlo.

Busca la hora en el reloj que hay dentro del café de la esquina. Es temprano todavía.

Siempre pasa mucha gente por Parmentier, pero es una calle amplia y a pesar de la hora no hay embotellamiento.

Fuma su cigarrillo apoyada en el muro y observa el paso de los transeúntes. Siempre más o menos igual.

Vuelve a mirar la hora en el reloj del bar.

Por Belleville baja él, muy atento. Sus miradas se encuentran enseguida. Él camina inclinando la cabeza y cuando la ve, se ríe. Hace como que se esconde detrás de los cajones de fruta de una verdulería. Ella, entendiéndolo, hace inmediatamente algo parecido, agazapándose apenas.

Ça va?

Ça va.

Él ve que tiene las mismas calzas del día anterior, pero otra blusa.

Mira el plano interno de sus muslos.

Hoy vamos a otro lugar le dice ella y salen por Parmentier hacia abajo.

Al café llegan metiéndose por la calle pequeña. Tiene más carácter que el del día anterior.

Él pide un vaso de vino y le pregunta a ella si quiere lo mismo.

No gracias y pide un jarabe de menta.

Él comienza a hablar en francés, trata de decir que está un poco preocupado porque el grupo de danza, por el momento, no tiene lugar donde ensayar. Es una lástima porque debe aprovechar la beca. Dice que han llegado a considerar la posibilidad de ir a ensayar a los muelles, cerca de la estación de Austerlitz.

Él dice que no entiende bien la diferencia entre contar, encontrar y darse cuenta. Ella como en la cita anterior, escribe en una hoja de papel.

Ella escribe las tres palabras y su traducción al español.

Él continúa hablando de un proyecto de montar una escuela de danzas en alguna vieja casona de su ciudad. Ese es su sueño, pero sabe que no va a ser fácil conseguir el lugar. También dice que está tratando de leer todos los días algo en francés. Dice que en general, puede leer muy bien el periódico.

Ella le pregunta por qué hoy habla tan deprisa.

Él se avergüenza y dice que va a tratar de hablar más despacio.  
Ella sonrío y piensa en sus pantalones a rayas, color vino y en su camisa a cuadros, un poco escocesa, que tiene los mismos tonos. Muy de bailarín.  
Él fija, como en el día anterior, su vista y habla más lentamente. Dice que está un poco cansado. Que también hable ella.  
Qué quieres saber, le pregunta ella.  
No sé. Hace mucho que estás en París.  
Casi toda mi vida. Nací en un región del centro, Le Limousin, y pasé mi infancia en un pueblo pequeño cerca de Limoges. Después vine a París y me quedé aquí.  
Él le pregunta si ella está casada.  
No, le responde ella.  
Pero quizá casada antes.  
No.  
No tienes hijos.  
No.  
Él mira las arrugas alrededor de la boca redonda y los pómulos muy altos. Mira el pelo recogido con descuido y se acuerda de los afiches de Toulouse Lautrec. Pero ella tiene el pelo muy oscuro.  
Y tú tienes novia.  
Ya no sé. Sí, teóricamente. Pero con esta beca de dos años, no es nada fácil. Nunca le gustó esto. Va a ser difícil. Y tú tienes novio.  
Ella sonrío. No, le dice.  
Pero has tenido novio.  
Ella, fugazmente, lo mira a los ojos con una gran intensidad. No le responde.

Bueno dice él. Ya pasó la clase. Es hora de descansar, verdad, y le sonrío.  
Ella busca un reloj en la pared y lo encuentra. Está bien, dice.  
Por qué anotas los lugares y la fecha de cada clase, pregunta él, pero ahora en español.  
Ella solamente lo mira.  
Puedo ensayar una teoría..  
Bueno.

Lo haces porque eres melancólica y no quieres olvidar. Porque los recuerdos tienen un valor muy importante para ti.

Ella asiente con la cabeza.

Debes sacar muchas fotografías

Hace ya bastantes años que no saco fotografías. Antes sacaba muchas.

Y por qué ahora no.

Porque perdí el entusiasmo.

Pero si los recuerdos tienen mucho valor para ti.

Sí, pero los recuerdos son de aquello que ya no está. Ya no puedo mirar las fotos sin sentir tristeza. Todo pasa, salvo el sentimiento de que todo pasa.

Bueno, pero quizás se puedan ver de una manera diferente, como que allí hubo algo. Algo que se vivió con alegría. Pueden ser un registro de la alegría.

Pero también pueden ser un recuerdo de lo que pasó después.

Cómo.

No importa. Ya no tengo ganas de sacar una foto. Es una lástima, quizá vuelva a sacar, no sé.

No me sacarías una foto a mí. Él se ríe.

Ella lo mira, pero su mirada sigue igual.

Bailaste hoy, le pregunta ella.

Un poco, es diferente que allá, pero pienso que ya me adapté.

Bueno, hoy hablaste más, pero no debes apurarte y tienes que tener más cuidado con la pronunciación de las vocales. En francés es muy importante.

Sí, dice él, pero no parece importarle mucho.

Tercera lección. L'Autre Café. 23 de mayo.

Cómo se dice novio en francés, se dice fiancé.

Ella lo mira. Sí, pero ya no se utiliza mucho. Es más normal decir un copain, un ami. También un compagne.

Y cuál es más formal.

Es difícil, depende del tono con que se dice.

Como tantas cosas aquí, como la pronunciación de las vocales. Cómo se dice en francés que alguien se va a dormir.

Dormir, pero si te vas a la cama utilizas coucher. Se coucher.

Él vuelve a pedir vino, es un horario que se presta, porque la luz empieza a declinar.

Ella vuelve a pedir un jarabe. Hoy lleva unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca, muy simple. Pero usa tacones. Él piensa que le van muy bien y piensa que ella tiene cuerpo de bailarina.

Seguro que tú no bailas.

Claro que bailo.

Pero yo digo profesionalmente.

No, solamente a veces voy a la clase de una vieja profesora, pero ahora es más una amiga.

Te gustaría verme bailar.

Ella lo mira y piensa un instante. Sí, es probable.

Bueno, cuando hagamos una función, voy a invitarte.

Bien.

Él bebe un trago de vino tinto y dice que está bueno. Le pregunta si le gusta el vino.

Ella lo mira y le dice no sé.

Cómo que no sabes.

Pues no sé.

Nunca lo probaste.

Por supuesto.

Y entonces.

Bueno, después hablamos. Ahora es necesario concentrarse en tu clase.

Está bien.

Él comienza por decir que sigue preocupado por el problema del lugar para ensayar. Han probado en otra sala pero era muy pequeña. Además se siente un poco inútil. Se levanta muy tarde y es una pena porque le gustaría ver cómo amanece en París.

No hay mucho que ver, le dice ella.

Pero el amanecer es muy lindo.

Puede ser, pero no particularmente en París. Las que sí son bellas son las palabras que significan el comienzo del día en francés.

Yo la dije, cuál otra.

Ella le dice un sinónimo de amanecer, el alba.

Él piensa pero todavía no sabe si le gusta más. Dice que ayer a la tarde, como no sabía que hacer, decidió ir al cine. Da el nombre de la película y le pregunta si ella la vio.

No.

Es buena, muy buena, puedo recomendártela. Me gusta mucho el cine francés. En general el cine europeo más que el americano. El cine de los países del este no tanto, es muy duro, muy triste.

Ella dice que a ella sí le gusta ese cine.

Pero hay mucha brutalidad. Eso de hacer el amor con el sombrero puesto y fumando un cigarrillo es demasiado. Ah, y encima debajo de las bombas, es demasiado.

Hay cosas mucho peores.

Peores que encerrar a tu amigo durante toda una vida mediante engaños, y para hacer buenos negocios. No creo.

Es una cuestión de elección, como todo.

No es fácil decidir.

No, dice ella, sobre todo cuando se tiene tanta sed.

Él la mira. Le parece haberla comprendido. Siempre se pierde algo, le dice.

A veces demasiado, le dice ella y mira la copa de vino a medio beber de él.

Cuarta lección. En su apartamento. 24 de mayo.

Él espera en la calle, cerca de la puerta donde le parece que ella entró ayer. Ayer la acompañó hasta su casa. Ella caminaba en silencio del lado de la calle. Él le miró los pies muchas veces. De nuevo le pareció que debió haber hecho danza. Le gustaron sus pies nudosos y sus dedos enérgicos. Ella no habló casi. Sólo cuando se despidieron, ella le preguntó si siempre había usado el pelo tan largo.

Sí, le había dicho él.

Y cómo haces para bailar.

Me lo recojo, y me hago un pequeño rodete. Ningún problema. Bueno, hasta mañana, había dicho ella y lo había mirado un poco a los ojos.

A él le parece que ella entró en el portón que tiene al lado. Se sienta sobre la baranda de hierro que hay en la acera y mira hacia la calle.

No pasa mucho tiempo hasta que lo tocan por la espalda.

No era aquí, pregunta él

No, era la otra puerta.

Pensé que era ésta.

Van juntos hasta el otro portón que se parece mucho al portón en que él esperaba. El portón da a un gran patio interno. Hay varios edificios que convergen a ese patio.

Ella vive en la planta baja, a la izquierda.

Cuando abre la puerta, del otro lado hay un hombre muy joven. Unos treinta años.

Él es Jean Marc, dice.

Los dos se saludan con un apretón de manos

Bueno yo parto, dice el hombre joven. Hasta luego, dice con una sonrisa muy dulce y se va.

Quieres que prepare un poco de té, dice ella.

Bueno dice él.

Siéntate en la mesa redonda de la sala.

Ella llega con una bandeja y dos tasas de té y una barra de chocolate. Se sienta frente a él y vuelve a acomodar sus piernas como la primera vez.

Él estaba esperando eso.

Es difícil conseguir buen chocolate. Éste es muy bueno, Pruébalo.

Él corta un trozo y lo come.

Él comienza a hablar en francés. Donde yo vivo, es muy difícil encontrar buen chocolate. Y es peor con las galletas. Casi todas las que son buenas, vienen de otros países. Pero ahora las cosas parecen estar bastante más tranquilas. Hay que esperar porque en mi país, todo cambia rápidamente. Es difícil saber qué va a pasar mañana.

Te falta tu país, le pregunta ella.

No, Pienso en mi país, en mis amigos, en mi novia, pero no tengo ganas de volver. No tengo ganas de volver a hacer las mismas cosas. Y a ti, te gusta volver a tu pueblo.

Sólo para descansar. Hay poco que hacer.

Ella piensa unos instantes.

Quieres ver fotos del pueblo.

Claro, dice él.

Ves, ése es mi padre, siempre con el mismo sombrero de paja.

Qué hace en tu casa.

Cuida el jardín. A veces sale a hacer las compras. Se reúne con sus amigos.

Y antes qué hacía.

Antes trabajó un tiempo en el campo. Pero fue alcalde del pueblo, también. Ahora cuida las plantas, sale a hacer las compras y se reúne con sus amigos.

Sólo eso, verdad. Y tú, a qué edad te fuiste.

Yo vine a París muy joven, a estudiar.

Y después, pregunta él.

Después es largo. Tú eres el que debe hablar porque es tu clase.

Pero a mí me gusta escucharte. Además si te escucho, aprendo fonética. Él se ríe. Estoy todo el tiempo hablando de mí. Ya me aburrí. Háblame de tu país.

Qué voy a decir, que es montañoso, que faltan autopistas, que faltan inversiones. Qué voy a decir de mis amigos, si casi no pienso en ellos. Y de tu novia.

Ella estaba un poco enojada con la beca, ya no sé.

Ella lo mira. Él mira hacia la ventana y se queda en silencio.

Ella espera.

Él vuelve la cara. Cuéntame de cuando viniste a París.

Tenía dieciocho años e ingresé a la universidad para estudiar de traductora, elegí español e inglés, pero siempre me gustó más el español. Fui buena alumna. Después trabajé poco. Me gusta traducir obras de literatura, pero es difícil. Ya está hecho y los autores nuevos que son muy leídos, eligen. Después viví de las clases de español. Después no quise trabajar más.

Por qué.

Porque no quería, no podía.

“Lavorare stanca”, eh.

Todo cansa.  
Y el amor.  
Cansa el dolor del amor.  
Tuviste muchos amores.  
Ésas no son preguntas que se le hacen a una mujer.  
Tuviste amores.  
Como toda muchacha joven.  
Y después.  
Después es un poco más largo.  
Y cuando no trabajabas, qué hacías.  
Bebía vino tinto.

Él la observa un instante y se levanta de la mesa. Camina hacia un espacio abierto de la sala y comienza a ejecutar pasos de danza.

Ella estira sus piernas y las apoya en el posabrazos del sillón que ocupaba él. Bebe el resto del té de a sorbos y lo mira bailar.

Espera que ponga música.

Pasa una vecina por el patio interno, se detiene en su ventana. Golpea el cristal y le sonrío desde afuera. Ella también sonrío. Él sigue bailando.

Quinta lección: Rue du Faubourg du Temple. 26 de mayo.

A ver, otra vez estás hablando muy rápido. Qué pasa hoy.

Perdona, es que estaba retrasado y caminé con mucho apuro. El reloj que tengo en mi estudio está atrasado.

No hay problema con tu retraso, sólo cinco minutos.

Es verdad. Pero siempre estoy demasiado acosado por el apuro.

Ya veo. Y por eso mueves todo el tiempo tu pierna. Algo te pasa siempre.

Y a ti también algo te pasa siempre.

Bueno a todos.

Pero a ti siempre te pasa lo mismo, verdad.

A quién no le pasa siempre lo mismo.

Ella hace un gesto de desagrado y baja la mirada. Tiene el pelo sostenido por dos palillos japoneses y un vestido negro muy liviano. No lleva sostén y eso, a él, le llama la atención. Es difícil ver aquí alguna mujer que no

lleve sostén. Los pechos de ella están muy libres y el escote los tapa apenas. Él vuelve a ver que sus pechos son pequeños, ni firmes, ni laxos.

Tú no usas sostén. No te gusta usar sostén.

Ella vuelve a levantar la mirada. Sí uso. A veces no. Debería usarlo.

Así está bien. Está bien.

Por qué te acosa el apuro.

Él cruza una pierna encima de la otra y sus pantalones que son muy anchos dejan ver sus pies calzados con sandalias. Viste una camiseta sin mangas. Sus brazos son delgados todavía y sus manos son grandes, muy fuertes.

Porque estoy buscando lo que no existe. Porque no estoy cómodo en ningún lugar, salvo algunas veces, mientras bailo.

Cómo va el baile, han conseguido donde bailar.

No todavía, muchas veces siento que no tiene sentido. Que no sé adónde voy. Adónde vas tú.

A ninguna parte, estoy aquí en nuestra clase de francés.

En nuestra clase. Eso es lindo. Pero es triste no ir a ninguna parte.

Pues yo no voy a ninguna parte. .

Pero qué es lo que te importa.

Me importa que tú vayas a alguna parte. Quiero confiar en eso. Me importa tu francés.

Nada más, pregunta él.

Me importa la desesperación.

La desesperación.

Sí, la desesperación

Es una palabra terrible pero hermosa en francés. Por qué la desesperación.

Ella le da un largo trago a su jarabe con los ojos cerrados y después deja la copa sobre la mesita.

La desesperación de no poder volver jamás a ningún lugar. La desesperación de ser siempre la misma persona.

Él se queda mirándola un instante con la cabeza echada hacia atrás.

Quizá tengas que bailar. Nunca bailas.

No puedo.

Deberías probar

Anteayer te vi bailar, desde mi sillón.

Te gustó.

Sí.

Entonces no eras la misma persona. No bailas con Jean Marc.

Quizá antes, ahora no.

Él está contigo.

Él es gay.

Haces el amor.

Lo he hecho con Jean Marc.

Te gustaría hacer el amor conmigo.

Prefiero darte clases de francés y escucharte hablar. Prefiero que muevas tus piernas y mires hacia otro lado.

Él baja la vista y observa una de sus manos, un poco cuadrada y muy blanca. Observa sus uñas cortas y se da cuenta que los dedos de su mano se corresponden con los de sus pies.

Él le dice que es un gran esfuerzo hablar en francés toda una hora. Que se cansa pero que está bien.

Ella le pregunta si siente algún progreso, si le parece bien cómo van las clases.

Él dice que muy bien. Que está muy conforme. Que le gustaría seguir, si no tuviera que ir a Praga.

Ella le pregunta la hora al hombre que está en la mesa de al lado. Bueno, terminó. Por hoy está bien, la clase ha durado más de una hora. Bueno, muy bien dice él. Ya estaba cansado.

#### Sexta lección. Café Le Danube. A la mañana. 27 de mayo

La luz es gris, de acero claro. Es ésta, todavía, la luz de París. Distante y reconcentrada en su silencio. Igual en los edificios que en la gente. El café está bastante vacío.

A él le parece notar un cierto disgusto en ella. Él permaneció callado mientras caminaban. Ella habló, pero con un tono neutro. Con un tono igual que la luz del día. De nuevo se tomó el pelo con dos palitos japoneses.

Hay un perro Husky echado junto a él. Es del hombre de la mesa contigua.

El lo acaricia y el animal se predispone pero también mantiene cierta distancia.

Me gustan mucho los perros. Y a ti.

También, pero no estoy acostumbrada. Ahora voy a tener un gato. Me lo regaló una amiga del pueblo. Prefiero los gatos.

No, yo no. Los gatos no tienen nada que hacer con los perros. No es que no me gusten. Los gatos parecen no tener alma.

Claro que la tienen.

Dónde. Has visto la mirada de un perro. Parecen saber todo. Los gatos no tienen mirada.

Es verdad.

Esta ciudad es como su luz, hermosa. Pero tiene prohibida la plenitud, dice él.

La plenitud.

Si, algo así como poder dejarse llevar por el sentimiento. No es para franceses.

No, aquí está prohibido. Es de mal gusto.

Y el análisis, el análisis de todo, eso es de buen gusto, verdad.

Creo que no.

La preocupación por hacer todas las cosas de un modo bello, no es bella, no.

No, más bien es triste. Como París.

Y sin embargo la tristeza de París es bella. Todos lo ven.

Quizá porque es genuina.

No como el análisis.

No como el análisis. Y tú, conoces la plenitud.

Sí, pero es muy cara. Es un paso de danza que no se deja repetir.

Me gusta eso, voy a anotarlo.

Y tú la conoces.

No, sólo me la he imaginado.

Y en el amor.

El amor es un paso de danza que jamás se hace.

Él vuelve la cara y, de nuevo, comienza a acariciar al perro. Tiene un ojo muy diferente al otro. Un ojo con alma y otro helado. Pero tiene ese ojo que él puede comprender mejor.

Ella observa la confianza de su mano sobre la cabeza del animal. Y su cuello fuerte que emerge de una camisa muy estrecha.

Entonces, el amor está mal.  
Aquí, en París, está mal, dice ella y levanta su nariz fina y huesuda.  
Lo mira como diciéndole algo más.  
Y qué está bien.  
Quizá enseñarte francés.  
Y tomar vino.  
Ella repite el gesto.  
Y tomar vino, insiste él.  
Tomar vino te hace creer en una manera más segura de ahogarte.

Cuánto tiempo, el vino, pregunta él.  
Cuatro años.  
Tenías novio.  
Mi novio está muerto.  
Cómo.  
Mi novio murió de una puñalada en el pecho.

Una puñalada en el pecho. Pero cómo. Quién fue.

Ella tiene los labios blancos, y secos, pero se le acumula saliva en las comisuras.  
Sí, fui yo.  
Eso es literario.  
Eso es literario y literal, dice sin mirarlo. Mi novio murió de una puñalada en el pecho que le di yo.

Y la policía.  
La policía no tiene nada que ver con esto.

Él vuelve a acariciar el perro.  
Ella deja de hablar y mira la calle sin moverse.  
Comienza a llover despacio, con gotas gruesas. Una lluvia de verano.  
Es difícil que dure.

Un ojo con alma y un ojo helado, piensa él mientras contempla el perro.  
Bueno, hemos hablado bastante por hoy. Yo creo que es la hora.

Faltan unos diez minutos pero si estás cansado, podemos parar aquí, dice ella, más pequeña y sin moverse.

Él deja de acariciar al perro, se vuelve y se apoya con ambos brazos sobre la mesa. Queda por debajo del nivel de ella. Él levanta su cabeza. Ella lo observa desde arriba, alejada.

Mañana es la penúltima clase, dice en español. Tengo que viajar a Praga.

Sí, dice ella y no deja de observarlo. Mañana tengo un día atareado, no tengo horario para darte. Te parece bien pasado mañana

Sí, no hay problema. A qué hora.

A las siete de la tarde. Espérame en la puerta de mi casa.

Bueno, a las siete en la puerta de tu casa, pasado mañana.

Séptima lección. Café en la rue Bihat. 29 de mayo.

Esta vez se sientan en una de las mesitas de la acera. Unas mesitas y unas sillas como las de siempre, a las que se ha acostumbrado y que le siguen pareciendo las más graciosas que ha visto. Las mesas y las sillas pegadas de París. Ella parece estar más alegre. Eso, a él, lo predispone bien.

Él viste los mismos pantalones anchos y una camisa muy oscura a rayas.

Me gustan tus pantalones, dice ella.

Y mi camisa, dice él.

También, pareces vestido para bailar. Bueno, un poco.

A veces bailo con ropa como ésta.

Pero no con el pelo así.

No con el pelo así, dice él y contesta a su sonrisa.

Hoy has empezado a hablar francés enseguida.

Es que tú me has dicho que tienes poco tiempo.

No hay problema. Cuándo dejas París.

Mañana a la noche. Viajamos en tren.

Tienes ganas de partir.

Siento un poco de angustia, me estoy acostumbrando a la ciudad. Tengo un compromiso con París y quiero cumplirlo. Quizá mañana salga a caminar por la ciudad.

Te gusta caminar.  
No particularmente.  
Entonces.  
Es un modo de rendirle un pequeño homenaje.  
A qué.  
A la ciudad, a estos días. A estas clases de francés.

Cumples tus compromisos.  
Él la mira con firmeza. Y tú.  
Ella lleva una falda ancha y clara, a lunares, que dejan ver sus dos  
piernas menudas. Se ve más joven.  
A veces es muy difícil, dice ella.  
Y cuando no los cumples, qué sientes.  
Vergüenza, dice ella enseguida.  
Vergüenza.  
Sí,  
Cuando alguien siente vergüenza está muy solo. Aislado. Un ermitaño.  
Aquí está lleno de ermitaños.  
Te gusta ser ermitaña.  
Yo doy clases de francés. Está Jean Marc.  
Y yo.  
Contigo es fácil hablar. Qué vas a hacer en Praga.  
Bailar, claro.  
Dónde.  
Tenemos dos funciones en un pequeño teatro y una presentación en  
una fiesta de la ciudad.  
Dónde.  
No sé bien. En una plaza, al aire libre. Conoces Praga.  
Praga. No.  
Te gustaría ir a Praga.  
Ella levanta sus ojos marrones y lo mira como tantas veces.  
El ya sabe qué significan esas miradas.  
Después de Praga, vamos a Budapest, después al sur.  
Mucho tiempo.  
Tres meses.

Ella bebe un trago de agua. Una línea de sombra proyectada por un muro le cruza la cara. Pero toda su cara se ha vuelto sombría.

Te pasa algo, pregunta él.

No.

Seguro.

Qué quieres decir, siempre pasa algo. Siempre pasa lo mismo.

Un hombre de la mesa contigua se levanta y roza la mesa de ellos. La botella de agua tambalea y se cae al suelo. Se rompe y los salpica. Él mira al hombre que está acompañado por otro. Está muy bien vestido, con un traje claro.

Perdón dice el hombre. Perdón señorita. El hombre se ve preocupado.

Ella mira el suelo.

Llega el mozo a limpiar.

Voy a pedirle otra botella de agua, dice el hombre. Su compañero permanece en el lugar.

Ella espera que el mozo seque el suelo y retire los pedazos de vidrio.

El hombre sigue parado frente a la mesa de ellos, sin hacer nada. Su compañero también sigue allí.

Llega el mozo con una nueva botella de agua. Ella la contempla.

No hace falta, dice. Ya bebí casi toda el agua que había. La bebí casi toda. Ya casi no había más agua, yo sé. No quiero otra botella. No hay otra botella. Está bien.

El hombre la mira un poco azorado.

Pero está segura, señorita.

Sí, no quiero otra botella, ya bebí casi toda el agua que había, entiende. Bueno, disculpe.

Los dos hombres se retiran.

Él sólo observa.

Ella vuelve la cara y lo mira. Creo que terminamos, dice ella, si no te incomoda.

Bueno, dice él.

Ya casi es la hora.

Paga él  
Cuando vuelva te llamo, porque podríamos continuar con las clases.  
Qué te parece.  
Bueno, dice ella, veremos. No lo mira más.

Ambos se levantan a la vez.  
Caminan en silencio hasta la Plaza de la República. Allí, ella se encuentra con una amiga.  
Te presento un alumno.  
Él y la amiga se saludan.

Ella y su amiga se miran. Después lo miran a él.

Bueno tengo que irme dice él, cuando vuelva te llamo. Hasta siempre.  
Nos vemos  
Hasta la vista, Y buen viaje, le dice ella con una sonrisa.

## VISTO AL PASAR

Feo color el del camino que une el pueblo con la ruta a La Amalia. Amarillo y polvoriento. Camino de garganta seca. De soledad.

Cuando se piensa en los caminos se piensa en sus colores. Más que la fisonomía, se recuerdan los colores. Y los estados de ánimo.

Cuando se piensa, se piensa en algo que pasó o va a pasar.

Sobre el camino vive gente pobre. Es un camino con pobreza de siempre. Los que vivieron allí, si alguien vivió, también habrán sido pobres.

El canal que lo cruza, no muy lejos del pueblo es escaso y limoso. Pocos patos navegan cerca del puente. Siempre hay un puñado de bidones de plástico alrededor del puente.

Por ese camino, color de fiebre, yo los veía pasar. De a uno. Salvo el viejo, los otros iban vestidos con una decencia curiosa. Curiosa para portarla en el camino. Casi pulcra. Casi a la moda. Pero el viejo andaba en harapos oscuros. Harapos de la pampa húmeda. No de los peores.

Yo los vi muchas veces, al pasar con la camioneta. Creo que nunca ninguno de ellos levantó la vista. Como si hubiera miedo. O vergüenza del miedo. Siempre, creo, quise saludarlos. Saludarlos, era hacerlos más reales. Pero, jamás me saludaron.

A veces los veía cerca del cruce del tren, como cuidando algo. Con vergüenza. Como ocultando lo que cuidaban.

Los otros tres eran hermanos. Porque eran casi iguales. Los diferenciaba, apenas, lo que hacen dos o tres años en la gente joven. Pero rasgos y actitud, la misma cosa.

Cuando pasaba con la camioneta, cambiaba de carril para no echarles encima el polvo del camino amarillo y luminosamente turbio. Y me estiraba para saludarlos. Sé que ellos me percibían bien, pero sólo me dedicaban los últimos grados estrábicos de sus miradas.

Esa gente miraba con la espalda de la mirada. Con el cuello rígido. Y con vergüenza.

Quizá tenían animales que hacían pastar en los terraplenes de la vía. Es probable. Nunca vi ninguno.

El viejo en harapos brillosos y oscuros, como siempre, tampoco miraba. Caminaba al borde y a lo largo del camino.

Yo pensaba dónde vivirían. Por el camino o en el pueblo, quizá.

Se percibían, cómo explicarlo, con fuerza, sí con fuerza, en ese sector del camino sediento. En esos mil, dos mil metros por los que siempre andaban.

Se olvidaban rápido. Ya a la entrada del pueblo se olvidaban. En ese viaje tampoco iba a preguntar quiénes eran.

En ese viaje primero me detendría en las oficinas de Remates-Ferias Dumas & Soljan. para ver la cuenta corriente y los papeles.

Me gusta que me atienda Norberto. Poco le importa el trabajo. Pero guarda las formas con un cortesía impostada. Invita a un mate, la voz soportablemente melosa. Sale de internet para meterse en las cuentas corrientes. A él le interesan dos cosas: fabular sobre los clientes y las mujeres. Usa el mismo tono en el teléfono de la empresa para sus citas que para realizar operaciones.

Me gusta que me atienda Norberto. Hay un tácito código que pretende mutuo entendimiento. Además el mate dulce a esa hora es una necesidad.

Voy siempre a la oficina de Dumas & Soljan. Si no se acumulan los papeles y pierdo el control fácil que se logra con la visita mensual. Y después a ver la cuenta del gasoil y la de la cooperativa de luz. Los primeros días de mes no falto porque caen todos los vencimientos y no me gusta pagar intereses. Ni las cuentas complicadas de los intereses, ni en general, los tipos que se ocupan de esas cuentas.

Aquí, en este clima seco y de mucho sol, hay que elegir bien la raza de la hacienda. Es inútil, los cebúes son lo más indicado.

Extraño el ganado de antes en mi provincia. Pero sé que no se adapta. La miel se da bien. Hay pocas enfermedades y buena alfalfa para semilla de los criaderos. Es un ingreso extra. El hijo de Lusseto, el amigo de mi padre, allá en nuestro pueblo, se vino conmigo. Ahora es mi socio en lo de la miel. También lo visito. Siempre a la noche para ver cómo anda la cosa. Yo no sé nada de colmenas. El hijo de Lusseto es enfático como el padre. Y amable como el padre. Pero es más alto y delgado. Quizá el viejo era así, de joven.

Feo camino este que conecta el pueblo con la ruta a La Amalia. Amarillo como la enfermedad. El viejo viene caminando desde la pieza cerca del horno de ladrillos. Duro el cuello. Para adelante. Está lejos del bajo donde anda uno de ellos. Como a mil quinientos metros. Más lejos está ese viejo de la gente.

En el camino polvoriento se lo ve bien. Oscuro y caminando. Después uno se olvida.

Está lejos del bajo de Moreno. El bajo cerca del puente sobre el canal pobre. Allí anda uno de ellos. No anda. Está de espaldas al camino. Oblicuo frente al terraplén del ferrocarril. Sin moverse y después uno se olvida. El viejo va a pasar por ahí y va a seguir hasta dónde seguramente hay otro. Como si los recorriera.

Lusetto me dice que hable con el cumpa. Necesito gente para trabajar con la hacienda. Dice que el cumpa es bueno para eso. Yo me había olvidado.

El cumpa vive en el barrio. Tiene una bicicletería donde repara, cuando no hay changas, algunas de las bicicletas del barrio. Casi todas viejas. El cumpa me invita unos mates.

Esta vez me acuerdo.

Ah los hijos de la rumana.

Rumana no. Será yugoslava. Acá son yugoslavos.

No rumana, rumana.

Estás seguro. Sabés dónde queda eso.

No sé. Será por ahí. Pero éstos son los hijos de la rumana.

Dónde vive.

Se murió hace bastante. Cuatro o cinco años.

Yo alcanzo a percibirles un arqueo leve en la boca. De un lado solamente. Es, se diría, el esbozo de una sonrisa. Sé que no es socarrona. Lejos de eso, es una sonrisa que está pidiendo permiso. Como si ser amigable pudiera verse como una falta de respeto. Ese arqueo de un lado de la boca lo hacen los tres. Idéntico. Lleno de timidez. Miran apenas hacia abajo. A una nada que espera. Pero, ya lo dije, también me miran.

Dos largos mates tarda Norberto en salir de Internet. No sé qué sitios visita. No me gusta Internet. Dos mates largos tarda en salir. Y se va metiendo en la cuenta corriente.

No quiere llover, eh.

Y no. Debería, con estos solazos.

Se quema el pasto, no.

Y queda el pasto duro y la alfalfa que es dura. El trébol ya se achicharró todo.

Esta vez me acuerdo.

Norberto, decime. Quienes son esos tres pibes y el viejo que andan por el camino cerca de lo de Moreno.

Dónde.

Ahí, cerca de lo de Moreno. Pegado a las vías. Tres pibes casi iguales y un viejo.

Ah, los bobitos. No joden a nadie.

Lussetto me hizo acordar del cumpa. Viene bien. Se da maña este flaco magro y nervioso. Este sí, sonrío francamente. Habla como asombrado. En voz alta y alargando las palabras. Dice que come mucho. Que no va a engordar nunca. Hay mucho que hacer en los corrales y se necesita gente. Si no se reniega y se tarda el doble. Además, juntar la hacienda en los lotes tan grandes no es fácil. Hay que ver cómo lo hacen aquí, en semejantes lotes y con algarrobos.

Se necesita gente en los corrales. Se trabaja más tranquilo.

Son lindos estos potreros tan grandes y ondulados. El sol les queda bien. No como al camino polvoriento por el que tengo que pasar cuando vengo una vez por mes. El camino de tierra blancuzca y pelo de chancho que pasa por el puente que cruza el canal flaco y marrón, con bidones y juncos.

Esta vez me acuerdo.

Y el viejo, cumpa.

El viejo es el hermano de la rumana. Vino con ella, de Rumania. No se le conoció hombre a la rumana.

Y los pibes.

Los bobitos nacieron todos aquí.  
Cómo, si son iguales.  
Sí, pero no se le conoció hombre a la rumana. Vivía con el hermano.

Buen día para el trabajo. Mucho sol, sí, pero hay suficiente gente y lo vamos a hacer tranquilos. Además, hoy en día la desparasitación por el rúmen es mucho más fácil, y la vacunada, ni que hablar.

Sol de primavera madura. El verano que va a cuartear la tierra. Alguna lluvia gorda derramándose desde un cielo de boca grande y negra. Mucho relámpago y ese ruido como a rama quebrándose antes de los bombazos redondos de los truenos que quedan redoblando. Dos o tres semanas verdes y después de nuevo la sequía, hasta la próxima tormenta estrepitosa.

El verano. El otoño que echa los últimos calores con sus llamaradas en los álamos. Y el invierno. Las temporadas en estas pampas que pasan rápido. Que se van sumando. Será para siempre. Difícil creerlo cuando no se conoce otra cosa que las medidas, que principio con fin.

Y corre el agua del arroyo como corren las temporadas.

Hola gente. Cómo andás Norberto.

Bien y vos.

Bien.

Qué tal la hacienda.

Por ahora bien. Duro el añito. Pero la última lluvia ayudó, después de tanta helada en seco.

Sí, así dicen todos, che.

Otra vez me acuerdo.

Hace mucho que no los veo a los pibes y al viejo que andaban cerca de las vías.

Quién.

El viejo que caminaba por el camino y los pibes que estaban quietos.

Cómo, no te enteraste.

Qué.

Se colgaron.

Se mataron.

Si se colgó el viejo y dos de los bobitos.

A la mierda. Y el otro.

Al otro lo vi en la ferretería del vasco Santandrea, comprando unos  
bulones y unas tuercas para tranquera.

## ZONDA

Si hago un esfuerzo más quizá pueda llegar antes de la medianoche.

Llegar antes de la medianoche, llegar antes de la medianoche. Mientras hago retumbar la consigna en mi cerebro los movimientos me responden como quiero. Si le aflojo al tambor de la consigna y me quedo vacío, empiezo a perder el control.

Se me caen los párpados y me dejo ir. Me dejo ir y la noche se vuelve pesada y marrón, con gusto dulce. Pesada y mi saliva también pesada y dulce. Y todo me pongo flojo y se va lerdo. Se va, se va yyy... Antes de la medianoche. Antes de la medianoche. Vamos, VAMOS. Antes de la medianoche. Si puedo llegar antes de la medianoche.

VAMOS. Pueda ser que el auto responda. Que se las aguante. Está hecho para aguantársela. Es alemán. Pero en este desierto hay que ver hasta dónde se las aguanta.

Uf, vamos, VAMOS. Que la saliva se pone dulce igual que las montañas de ese verde como azul. Como azul de agua y de humo de las montañas que se deshacen. Se deshacen como mi cuerpo de tierra que corre y se cae como las montañas. Mi cuerpo. Mi cuerpooooooooo. Vamos, antes de la medianoche. ANTES-ANTES DE-DE LA-LA MEDIANOCHE-MEDIANOCHE.

Vamos. Que se las aguante el auto que hay que llegar. Y encima cada vez veo menos con la arena que se levanta y cruza como maldita por el camino. Como en las películas donde todo termina mal con la arena y los tipos aguantando.

Espero que no aumente la arena porque casi no veo. Pongo la luz alta. Se ve peor. A ver. La baja, me parece que mejor. A ver la alta. No. Pongo la baja. Ahí va. No. No va. Pongo la alta. Me vuelve loco cambiar la luz constantemente y no ver un carajo. VAMOS VAMOS, antes de la medianoche. Y esta arena puta que no me deja ver nada. Tengo miedo de salirme del camino y caer. Caer con esta oscuridad. Me da vértigo. Vamos, poné atención. Mirá el borde del camino. Apenas se ve. Por

qué no para este viento. Qué pasa con este viento. Nunca me pasó una cosa así. Qué quiere decir este viento y la arena con ese color como de sangre coagulada contra la luz del auto. Tengo miedo. No necesito ningún tambor ahora. Seguro que es la adrenalina. Qué hago, la despierto o no.

Para qué. Me las tengo que aguantar solo. Ya pasé por otros trances. Tengo cancha. Tengo que poder salir de ésta. Laura, Laura. Laura despertate.

Qué pasa. Qué pasa mi amor. Uy mi amor qué pasa.

No sé pero no se ve nada. Por favor.

Qué es esto.

No sé. No sabía que esto pasara por acá.

Quedate tranquilo mi amor.

Qué te parece, no se podrá parar.

No. Dónde, si no se ve nada. Además podría venir otro y no vernos. No afloja, la puta madre. Podría aflojar un poco.

Ay no veo. Fijate en el borde del asfalto.

Apenas puedo. Cada vez peor.

Si sigue así nos vamos a caer al precipicio. No le digo nada. Es valiente. Tampoco me dice nada. Mira para adelante en silencio. Ahí está ella. Mirando para adelante. Como si quisiera ver más allá. Como, como buscando algo. Ya no sé qué hacer. Qué hace con las manos.

Qué hacés con las manos. Laura, qué hacés con las manos.

Laura, qué hacés con las manos.

Pero qué pasa. Qué tiene ahí. Es como una bola de luz. Como una bola de luz que le va de palma a palma. Una bola de luz que salta de una mano a la otra. No puede ser. Laura, qué hacés. Y no me contesta. Laura. Está como ida.

Laura. Por favor. Por favor Laura.

Qué le pasa a esta mujer. Qué pasa ahora. Qué es todo esto.

Por Dios. Dios ayudame. Parece una bola de luz.

Y el auto se me va a la izquierda. No entiendo. Si llega a venir uno de frente. Tengo que mirar el borde del camino. Las ráfagas lo borran.

Las ráfagas van de izquierda a derecha. Y el auto se me va hacia la izquierda. O da vueltas. No, que no de vueltas. Cómo puede ser. Debe ser ilusión óptica. No sé cómo mantenerlo. Qué hago. No, no puedo parar.

Laura qué hacés. Por favor Laura despertate.

Esa cosa de luz salta cada vez más rápido. Qué hago. El auto se va a la izquierda. Se va. No responde la dirección. Se va. SE VA. LAURA.

Uf, ahí se ve el borde del camino. Puede ser que afloje un poco. Por favor Dios, hacé que afloje. Se ve el borde. Que no se borre, que no se borre. Laura, hablame. Hablame Laura.

Sí mi amor, qué te pasa.

Cómo qué me pasa. No te diste cuenta.

Sí, el viento. Pero me parece que se está yendo.

Pero no te diste cuenta. Tenías algo que saltaba entre las manos.

Cómo algo que saltaba entre las manos. Qué me querés decir.

Algo, algo como luz.

No puede ser mi amor. No tengo nada entre las manos. No te entiendo.

Me debo estar volviendo loco. Pero por suerte está aflojando el polvo. Viste el color que tiene. Ocre subido. Y hasta púrpura. Qué terrible, no se veía nada. Ahora se ve un poco. Ojalá dure hasta que lleguemos a Rodeo. Así puedo seguir. Yendo a cuarenta tardaríamos media hora más.

\* \* \*

Tiene habitación.

Sí Don. Nos queda una doble. Siempre nos queda alguna doble. Por suerte, Don.

Sí, la verdad que por suerte. Estamos un poco cansados. Cuanto cuesta la doble.

Cincuenta Don, con desayuno y cochera.

Ah bueno. Nos quedamos. Pero dónde está la cochera que no la ví.

A la vuelta, Don. Yo le doy la llave del portón y usted guarda el auto. Hay espacio de sobra. Siempre hay espacio, por suerte.

Digame, habrá algún lugar abierto donde cenar.

Sí, atrás de la iglesia hay una parrilla. Puede ser que esté abierta o esté cerrada. Eso depende, vio Don. Además hoy es sábado.

Bueno, gracias. Vamos a bajar el equipaje Laura.

Bueno

Nos pegamos una ducha rápida y vamos a esa parrillita que me parece que la conozco.

Bueno.

Qué viajecito, dame un abrazo hermosa.

AAYY.

Qué te pasa mi amor.

Nada, ayy, no sé. Me quemaste. Sí me quemaste el cuello.

Cómo que te quemé el cuello

Sí, cuando me abrazaste. Sentí que me quemabas el cuello.

Qué raro.

A ver dame la mano. Ves está caliente.

Yo no me doy cuenta.

Bueno, basta de locura, vamos a bañarnos.

Cincuenta mangos con desayuno y cochera. Me encantan estos hoteles de pueblo. Un poco personaje el viejo que nos atendió, no.

Sí, me hizo reír.

Por qué, decime.

Dijo que le quedaba una habitación y yo vi un montón de llaves en el tablero. Le debían quedar todas.

Bueno, tenía que darse un poco de dique. Cosas del marketing. Pero qué salvada llegar y embocar el hotel y la parrilla. Es la que yo decía. Estás bien Laura.

Sí mi amor, a mí también me encantan estos lugares telúricos.

Después vamos a tomarnos un fernet a algunos de los bolichones frente a la plaza.

Bueno, dale.

\* \* \*

Vamos a levantarnos, dale. Dormiste bien.

Me desperté bien. Bueno es un decir. Me despertaste bien.

Te gustó.  
Claro, siempre me gusta, Hermoso.  
Bueno, pero dormiste bien.  
Sí, con la paz que me das vos.  
Vos a mí también, Vamos a desayunar.  
Sí vamos.

Qué pedazo de taza que te traen, viste. Bien de pueblo viejo. La vajilla como el pueblo. Qué tal estaba el té.

Y era té. Ya está.

Qué raro lo que pasó ayer. No lo puedo creer. No te acordás.

De qué, del viento infernal. Cómo no me voy a acordar.

No de lo que te pasó a vos. Tenías algo entre las manos.

No me acuerdo. Yo no me acuerdo. Pero mirá que soy un poco bruja.

No jodas. Bueno dejémoslo ahí. Andá llevando tu equipaje que yo voy a pagar.

Buen día.

Buen día Don.

Me hace la cuenta.

Perdón.

La cuenta.

La cuenta de qué.

Cómo de qué. La cuenta de la habitación dieciséis.

Pero cómo Don, si la dieciséis está vacía.

No entiendo, creí que era la dieciséis. Bueno cóbreme la que haya ocupado.

El hotel estuvo vacío Don. Ayer pasó el Zonda.

Qué me importa. Cómo vacío. Qué me quiere decir, Si usted me atendió anoche.

Tranquilícese Don. Tranquilo. Yo no lo atendí.

Cómo que no me atendió. Usted me está agarrando para la joda.

Yo no lo conozco, pero por favor, tranquilícese Don.

Mire no sé cuál es el problema. La voy a llamar a mi mujer. Qué locura es ésta. Laura. LAURA, vení un momento, por favor.

LAURA, dónde estás.  
Dónde está mi mujer.  
Usted entró solo, Don. Tranquilícese Don.  
Cómo solo, qué dice.  
Usted está solo Don.  
No por favor.  
Noooo. Laura, dónde estás, por favor Dios.

Aaaaantes de la mediaaaanoche. Antes de la medianoche. Qué hago,  
la despierto o no. Para qué. Me las tengo que aguantar solo. Ya pasé  
por otros trances. Tengo cancha. Tengo que poder salir de ésta. Laura,  
Laura. Laura despertate.

Qué pasa. Qué pasa mi amor. Uy mi amor qué pasa.

## NADIE PUEDE

Estoy medio hecho pelota Margarita. Ya sabés cómo es esto. Mucha rosca durante unos cuantos añitos. Ya no soy el mismo. Me parece que estoy al horno. Mucha rosca. No me salva ni Khrishnamurti. Ni la zanahoria, ni la lechuga. Demasiado rico el veneno como para hacer el esfuerzo. Sabés cuánto hace que no lloro Margarita. En fin, ir pudriéndome en vida, vaya y pase, te diría que hasta me gusta, porque mientras tanto, vos sos vos. Pero corromperse más después de muerto, ah no, Margarita, eso no. Ahí no sos dueño de nada. Es como estar desnudo sin una chica al lado. A merced, me entendés. Para allá no me llevan. A mí que me cremen y me echen al mar. Y seré cenizas, sales minerales, pirofosfato de potasio. Y a volar. A volaaaar. A desintegrarme. A no ser. Nada de oscuridad y encierro. Nada de esa humedad y ese frío de mierdas. Odio los cementerios, especialmente el del pueblo, tan espantosamente triste. Qué gusto horrendo, estos gringos. A vos te lo encargo Margarita. No tengo otro en quien confiar. Francisco ya no está.

En aquella ocasión Humberto Solís reflexionaba sobre su vida con un poco de desencanto, pero sin dejar de remedar el gusto de tantos días de luz y sol, de las glorias de cada teta suave de mujer, de la saliva caliente de los besos y de los hectolitros de vino que se había chupado a lo largo de los años. Seguiría viviendo hasta el final como decidiera, por fin, aquel día en que se murió Francisco.

Es verdad que ya se le notaba el paño, pero como era de buena familia, algún esfuerzo por cumplir hacía. Y cuando murió Francisco no le gustó nada. Dijo carajo y con toda conciencia se fue al carajo

De muchachito se había tenido que morfar a los curas. Aguantar esa disciplina de maxifalda negra. Había sido un fundamentalista del divino mandato. Al principio rezaba bordeando el exceso. Se la creía. Pero con el tiempo empezó a llamarle la atención la cara de sus compañeros de colegio. Cara de cara de estar bien, pensaba. Algún cura piola, seguro.

Pero el acre olor deprimente de las sotanas colgadas del perchero de la sacristía empezó a resultarle insoportable. Igual que la apostura de tanto sacerdote de espalda débil, y vientre redondito. Había alguno que otro que intentaba ser piola. Que intentaba. Pero estaba exhausto de tanta letanía chillona y amenazante.

Y había encarado con fiera honestidad, como siempre. No porque fuera virtuoso, sino porque le era imposible ser de otra manera. Se abocó a arrancarse el silicio de la conciencia. De esa moral de la que tanto hablaban. Había aprendido que de lo que más se habla es de lo que no hay. De la moral no se preocupan los que la tienen. Y él quería construirse la suya, haciendo de tripa corazón y meando donde los demás lloran, como dijo a lo vasco, el vasco Patxi Andión

Humberto Solís no se quedó pescando mojarritas y se echó río arriba detrás de los grandes peces, o del bote haciendo agua por todos lados. Humberto Solís había elegido. Más que menos.

Pero la penumbra ya lo había infectado. Se le notaba en el cuerpo. Y en el olor. El olor de tantas noches de juerga lo había percutido. Pero él continuaba igual. Era una consagración a sí mismo y de cuando en cuando, profería sus ingentes risotadas como para que él lo escuchara bien.

Además contaba con su última libertad a manos de su cuñada, que seguro que lo esparciría en el aire cuando la cosa terminara.

Pero Humberto, no hables de eso que todavía falta mucho.

Bueno está bien. Por eso mismo, querida Margarita, sería bueno que le hagas dar una mano de pintura a esta cocina que la está necesitando. No vaya a ser que me muera dentro de treinta años y siga de este mismo color.

Pero Humberto.

Humberto sorbía el mate que le cebaba Margarita con fruición y le sonreía con sus ojos de liebre. Era bastante mejor que los que se preparaba él en el departamento de Buenos Aires. En el pueblo siempre hay tiempo para estas cosas.

Había estado reflexionando en voz alta sentado a la mesa oscura del comedor sombrío. La casona familiar de Margarita era como su dignidad, familiar. A Humberto, en el fondo, le gustaba esa paz de cocina

y mate. Por un rato. Estaba de paso por el pueblo, como siempre. Sólo unos días para descansar un poco y verla a Margarita. Y por qué no, también a alguna que otra veterana amiga de siempre. Tenía claro qué quería. Con lo que no contaba era con lo que pasó cuatro días después.

Y el caso es que, siempre en su ley, en una buena siesta de verano, Humberto se murió nomás, durmiendo, con el ventilador prendido, sin afeitarse y sin haber agotado su hambre del todo.

Parece mentira. Ayer conversábamos en la cocina. Ayer nomás me dijo que no venía a cenar y que se llevaba la llave. Este Humberto.

Pero se lo merece, pensó Margarita, mientras recordaba su pedido contemplándolo sobre la cama, bastante tranquilón, casi sonriente.

A pesar de semejante vida de calavera, siempre mostró un cariño bárbaro por el pobre Francisco. Pobre Humberto. Bah, A veces parecía que lo quería más que yo. No se lo digo a nadie, pero lo hago.

En Pueblo Muñoz funcionaba el crematorio desde hacía dos años. Hasta allí lo hizo trasladar y sin velorio, como él se lo había pedido.

Señora de aquí. Señora de allá. Qué educados son estos muchachos. Saben cómo hacer su trabajo. La hacen sentir bien a una. Dan ganas de presentárselos a mis sobrinas, sobre todo el alto. Pero con este trabajo. Bah, todo trabajo es bueno

Firmó el certificado y llenó la solicitud. No le gustó imaginarse a Humberto envuelto en llamas adentro del cajón. ¿Lo pondrían con cajón y todo? ¿Por eso me habrá dicho que ya estaba al horno?

Al final se lo entregaron. Ella puso cara de pedir consejo. Pero estos muchachos hablan tan poco. Qué chiquito quedó Humberto. Chiquito y guardado en la urna metálica, en la que sobraba espacio.

Gabrielli, el del remís, no le preguntó nada, pero seguro que sabía. En el pueblo siempre se sabe todo.

Margarita se lo llevó pensando que tenía que cumplir. Ganas, lo que se dice ganas, no tenía pero Humberto ahora podría leerle los pensamientos. Además lo quería tanto al Francisco.

Quedate tranquilo Humberto que te prometo que voy a tratar de hacer lo que me pediste. Ya algo hice, ¿no?, le dijo Margarita en silencio.

Ahora faltaba lo más complicado. Al mar no iría. Ir al mar era tan lejos que casi ni lo consideró. No estaba para esos trotes, y menos con la urna. Pero el río era más o menos lo mismo y estaba mucho más cerca.

Y así sus actos quedarían en algún archivo divino, pensaba Margarita. Su buena acción era otro antecedente para cuando hiciera falta. Ella se lo había prometido a Humberto.

La urna le daba impresión. Podía ver a Humberto echado con los pies arriba de la mesa y riéndose. Todo eso adentro de la urna. Este Humberto no tiene cura, pensó. Seguía igual hasta en la muerte

Y esa noche a dormir con la urna adentro. Toda una historia. La dejó en el garaje y la noche pasó nomás, por suerte.

A la mañana siguiente, viajó con el paquete hasta Rosario. Otra vez Gabrieli. Un viaje interminable hablando de la lluvia que ya estaba faltando, de la fábrica de aireadores que tomó gente que una no conoce y de bueyes que se perdieron por ahí. Se bajó en el departamento de sus sobrinos, Gabrieli conoce Rosario como si hubiera vivido allí. Es una tranquilidad. A los sobrinos, los veía bastante poco. Era una visita rara. Pero justificada.

Vengo de compras, chicos, y de paso los visito en su departamento, así lo conozco, que no los veo nunca.

Qué querrá la vieja, pensaron los muchachos.

Y ella como sabiendo, no se preocupen, mañana esta vieja se va. ¿Tienen llave de la puerta de la pieza que me dieron?

Los muchachos se miraron.

Qué les iba a decir. No les podía decir nada. A ver si creían que estaba loca.

Cerró la puerta de su cuarto con llave y les preparó una cena lo mejor posible con lo poco que había en la heladera.

Les dijo que estaba cansada y se fue a dormir. Los sobrinos se quedaron en el comedor mirando televisión y fumando.

Qué bien cocina la vieja. Pero esta media piantada. ¿Viste cómo se encierra en el cuarto. Pensará que la queremos coger?

Dejala pobre vieja, que encima nos vino a visitar.

Sí tenés razón, mañana la entretenemos un poco.

Este Humberto, las cosas que me hace hacer. Dormir con el paquete al lado. Estará largando esa carcajada asquerosa que tenía, adentro de la urna. Dejame de joder Humberto. Mirá lo que hago por vos. Dejame dormir. Acordate de Francisco y dejame dormir.

Margarita durmió inquieta y antes del amanecer se preparó unos mates sólo por costumbre. No tenía nada de ganas.

Bajó con la urna metida en un bolso y tomó un taxi de la parada. Al Monumento a la Bandera. No sabía qué más decirle al taxista y no le dijo nada. Se dio cuenta de que estaba muerta de miedo. Espero que los muelles estén igual que cuando vine a la feria de las colectividades.

Margarita se acercó al muelle y, sacó la urna del bolso.

Allí fue cuando se le vino la estantería abajo. De veras se impresionó. Cómo iba a hacer para echar las cenizas de Humberto al agua. Tenía que abrir el cofre. A ver si escuchaba la risotada asquerosa de Humberto. Y si el polvo de las cenizas se le metía en el pelo. Qué asco, no me lo saco más de encima. Un montón de risotaditas. Dejame de joder Humberto. Ya cumplí bastante Yo tiro todo esto a la mierda y chau. Es más o menos lo mismo

Margarita lanzó, lo más lejos posible, la urna entera que hizo un ruido horrible. Sflocmuamua le pareció que hizo la urna con Humberto adentro, puteándola seguramente.

Y en verdad Humberto la puteaba indignado, flotando a la deriva y manteniendo una integridad que no había querido, gracias a la urna cerrada.

Margarita se alejó caminando con un poco de desasosiego. No había podido cumplir del todo. Pero bueno. Que Dios me perdone. Él sabe que es muy difícil cumplir del todo. Además el sacrificio hecho está. Además con el tiempo la urna se va a romper o agujerear y las cenizas de Humberto irán a parar en el agua como él quería.

No lo había traicionado, de ninguna manera.

Traiciones son traiciones. Traición, pobre Margarita, fue la de su corazón empeñoso. Y no fueron las maldiciones de Humberto que a pesar de seguir navegando al garete, sin otra cosa que marearse y dormir,

la comprendía. Apenas una semana después y en otra siesta de pueblo, ese empeñoso corazón la dejó tan muerta sobre la cama como lo estuviera su cuñado siete días antes. Hoy estamos, mañana no, dice la voz popular. Hoy estamos, mañana no. Cosas de la vida, qué cosa.

Y como todo el mundo en el pueblo, a la salita de velatorios de la Cooperativa Eléctrica. Y después por allá y por allá, el camino por el que se iban todos. Por allá y por allá, señalaba Humberto con gesto ampuloso aquella vez, a mí no me llevan. Por allá y por allá, el camino al cementerio, de hórrida arquitectura, según él

Según él que seguía flotando a la deriva en las aguas marrones del Paraná sin otra cosa que hacer que acordarse de sus andanzas, de dormir y putearla a María a quién el fondo perdonaba. Una semana de aburrimiento feroz hasta el momento del estruendo. Del estruendo brutal que lo dejó abombado y al borde de la náusea.

El capitán del pequeño carguero, parece mentira, alcanzó a ver el objeto brillante que flotaba en dirección a la proa, pero no tuvo ningún margen para evitarlo. Alcanzó a escuchar el ruido de los metales golpeando, esperó tenso, y después se sintió aliviado. Podría haber sido cualquier cosa. Una mina perdida incluso, vaya a saber de qué guerra. A lo mejor de la Guerra del Paraguay, quién sabe..

El que no estaba para nada aliviado era Humberto, más revuelto que de costumbre, con semejante golpazo.

El capitán no se quedó tranquilo. Quería saber qué cosa era eso contra lo que habían chocado. Dispuso un bote para rescatarlo. En la mirada torva de los marineros se revelaban sus sentimientos, que se repartían por partes curiosamente iguales, entre el odio solapado y la obsecuencia servil. Recelaban del objeto flotante, pero era una orden del capitán.

Al fin lo rescataron sin pena ni gloria y fue izado a cubierta.

El pequeño capitán tardó un rato en darse cuenta de qué cosa era. Una urna y con identificación. Qué hacía una urna funeraria con la identificación flotando en el río. Un misterio. Un capricho más en los inconmensurables anales de la navegación, pensó. Otro secreto de los siete mares.

Qué significaba que hubiera chocado contra el barco. Qué oscuro

designio escondía esto. Mejor sacársela de encima lo antes posible. Mejor proceder como corresponde. La bondad exorcisa. Mejor dársela a la autoridad competente. Vaya uno a saber.

El hallazgo fue entregado a la prefectura que dio parte a la policía. A su vez la policía no sabía nada del tal Humberto Solís, salvo lo referente a una gresca generalizada en 1964, entre policías y clientes que se produjo en el boliche Smowing de la localidad de Melincué, y que devino en la detención de Solís, por el escupitajo que le propiciara al otrora comisario de Chovet.

Humberto fuera del agua, y quizá recuperado de la posible sordera que le habría provocado la colisión con semejante tonelaje, habrá sentido una de brisa de alivio. Una brisa que estaba lejos de desintegrarlo como el quería y que además pasó pronto. Ir a parar de nuevo a manos de los milicos no le daba ningún sosiego. A lo mejor lo agarraban a patadas si averiguaban lo del comisario botón. Pero, lejos de eso y haciendo gala del respeto por la mejoría que genera la muerte, la autoridad policial entregó la urna del vapuleado Humberto Solís al riguroso encargado del cementerio de la ciudad. Riguroso como todo aquél que tiene que vérselas, día a día, con la huesuda.

A está altura, Humberto querría gritar, pero era imposible. Vaya a saber cuáles de las tantas cenizas correspondería a sus cuerdas vocales.

Hacía apenas unas horas que Raquel había terminado con el velorio de su tía en la salita comunal y con llevarla al cementerio. Por allá y por allá. Discurría sobre su muerte repentina. Y no podía dejar de sentir un poco de culpa por lo poco que hablara con ella durante los últimos años. Era muy difícil. Margarita era muy conservadora y pacata. Raquel se daba cuenta de que su vida la escandalizaba y no tenía ganas de escucharla, tan de pueblo, tan de antes. Pero sabía que sus diferencias habían sido vanas. María había sido una buena vieja.

Estaba descansando sentada a la mesa de casona. Hacía apenas una hora que había terminado con la historia del entierro y pensaba en estas cosas cuando recibió la notificación policial. No habían encontrado a alguien más cercano que ella, sobrina de la cuñada de Humberto. ¿Que qué? Que habían encontrado la urna con los restos mortales de Humberto Solís flotando en el río Paraná. Qué locura. Qué raro.

Profanadores arrepentidos, se dijo. Pero en el cementerio no se notaba nada. Todo estaba en orden en el panteón de la familia. Sin embargo, no encontraba otra explicación para las extrañas condiciones en que se halló la urna de aquel tío que casi no conociera. En realidad no lo conocía para nada. Aunque siempre se había preguntado por qué las viejas lo nombraban con una sonrisita.

Y bueno, sigamos con los fiambres, se dijo. Deberá volver donde seguramente estaba. Custodiado por los angelitos, gorditos y voladores.

Raquel cumplió con su deber. Pero ésta diligencia la hizo en privado, con el encargado del cementerio del pueblo.

Sin ninguna ceremonia hizo colocar los restos de Humberto, en el ornado panteón de la familia, junto a los ataúdes de sus padres, de sus tíos y el de Margarita, para que estuviera cerca de los suyos y en su lugar para siempre.

Humberto no lo podía creer. Esto es el karma repetía como un conjuro barato. Esto es el karma. Yo otra vez en el pueblo y encima en el cementerio. No lo puedo creer.

Y bueno si hay polvo enamorado, también hay polvo criterioso se dijo Humberto. Tuvo que decírselo. Qué otra cosa. Y bueno, veremos qué pasa. Paciencia. Está Margarita y se puede apoliar bien. Veremos qué pasa.

## TREKKING

Por suerte no hace tanto calor. Será que estamos más al norte de Bangkok. Allí sí es insoportable, no hay camisa que aguante, con la transpiración y el hollín. Y el tránsito muy ruidoso. Perdí bastante plata en el Lumpini. Cómo gritan y apuestan. Cómo les gusta que los pibes se revienten a patadas en medio de la música. A mí también me gustó verlos pelear. Pero no fue lo mismo afuera del estadio, tan chicos y tan magullados. Cómo entrenarán esos pibes. No pueden durar mucho haciéndolo. Pero los que nos me sacaron nada son los de Pat Pong.

Sí, hace menos calor. Quizá es que estamos a mayor altura. Aunque de "rosa del oriente" no le veo nada, salvo las putitas tan lindas que andan por todos lados. Quizá esas sí me saquen algo. Estamos mejor aquí, es mucho más tranquilo.

Sobre la mesa vasta de tablas están las mochilas del grupo. Casi todas con la boca abierta, echando sobre la madera cosas grises. Se mueven más las mujeres, son más activas y más locuaces, cuando el grupo para. Se juntaron casi todas en la cabecera. Ella no parece canadiense, con el pesado pelo oscuro, casi ensortijado. Es la más atractiva. Sonríe y mira. Es distante, pero ha sido siempre amable.

Todas las mochilas están en el medio de la mesa con la boca abierta. De la de Mike se asoma un libro. Un libro con un Rembrandt brillando en la tapa dura. Qué raro. Debe ser un libro de pintores. Los libros con reproducciones invitan a ser abiertos.

Está cansado, dice. Cansado de repetir los días y de dormir poco. Cansado, dice, de la mucha cerveza y del humo de cada noche en el Wings. De levantarse temprano y tomar la autopista para buscar a Aaron que está enojado casi todas las mañanas, desde que se separó. Pobre Aaron. Aguanta lo que tiene, pero no le gusta.

Dice muchas cosas. Cómo que la escuela está cerca del centro y casi le queda de paso. Que lo importante es Aaron. Que tiene que parar

con los sandwiches del mediodía, cuando corta en la oficina, que debería comer mejor, más natural. Que le queda grande la casa que alquiló y lo mejor sería vivir en un departamento del centro. Demasiado pub, pero sin la cerveza las noches son bastante duras. Es difícil, dice, cuando debe hablar con Justine. Tiene que cortarla del todo porque si no va a ser peor, para ellos y también para Aaron, que se da cuenta. Justine sigue estando muy buena y no puede con las ganas. Pero después es terrible. Después, Justine es terrible.

Mike es el más dispuesto. O uno de los dos más dispuestos. Maneja la balsa bastante bien y eso que es la primera vez que aferra el bambú largo para apoyarlo en el lecho y guiarla. El río no es profundo, pero es torrencioso y cuando hay una cascada, cuesta mantener la balsa en equilibrio. El agua es lo bastante transparente como para bañarse a la tarde, cuando llegamos a la aldea. Uno se siente mejor. Lástima que no haya cerveza. Aquí, uno se desintoxica, sí o sí. Salvo por el aguardiente de arroz, creo, que nos dieron en el otro pueblo.

Esta mañana Mike se trepó al árbol como un gato y arrancó la rama seca para el fuego. Y no es un muchachito. Más de cuarenta, pero está muy ágil. Además es el más sociable, se acercó a mí. Él primero, y a la noche cuando tomamos té, viene a conversar si no se va a fumar opio con el birmano que trae la pipa. Bueno, no todos se desintoxican. Es un tipo alegre. Ya desde la salida de Chiang Mai caminaba adelante, abriendo paso para los otros.

De la mochila de Mike se asomaba el libro. Parecía un libro de pintura. Un libro de pintura invitaba a ser abierto.

Tiene que alimentarse mejor, dice. Que tiene que parar con las comida rápida y con la cerveza.

No lo dice, pero estaba mejor esa noche, en la mesa del pub, a pesar de los líos con Justine y la preocupación por Aaron. No lo dice, pero esa noche hablaba con sus jugadores del partido que habían ganado el fin de semana anterior.

Sí dice que la empezó a mirar sonriendo. Que las amigas se dieron cuenta enseguida y que le hacían bromas, a ella. Que cada vez tenía

más ganas de pasarse de mesa, sobre todo porque las amigas le sonreían. Que ella también miró.

No dice que todavía no se había dado cuenta de lo linda que le iba a parecer, después, con el pelo oscuro y los ojos ámbar. Diferente.

Puedo sentarme.

Sí.

Gracias, soy Mike.

Y tus amigos.

Ya se van, mañana jugamos y tienen que estar bien, en realidad yo soy el director técnico así que puedo seguir.

Los amigos se ríen en la otra mesa mientras se van levantando. Chau Mike. Ella también se ríe, claro, más decidida.

Mike va a hablar mucho esa noche, va a ser simpático. La cerveza y ella, que no sabe todo lo que le va a gustar a Mike. Ella está más decidida para gustar. No para arreglar alguna cita. Ella se va dentro de tres días, lejos. Es enfermera y tiene un trabajo largo. Un año por lo menos. En Irak, pagan muy bien y le gusta la experiencia. Además, aquí no tiene mucho que hacer. Se separó de su novio y Toronto es siempre igual.

Qué lástima, que te vayas digo, bueno, no, vos entendés. No me dijiste tu nombre.

Barbara.

Me das tu número.

Para qué, si ya me voy.

Uno nunca sabe, además, no te gusta que te inviten a cenar.

Ella no contesta, escribe el número en un papelito.

Siempre la autopista. El sol que sale temprano y platea el asfalto. Las casas amplias y parecidas separándose a lo lejos, en tanto espacio. La misma velocidad para todos. Missisauga-Toronto. La ciudad de mejor calidad de vida. Según para quién.

Tengo que parar con los sandwiches. Se hace la hora, Espero que Justine tenga paciencia y no se enoje si Aaron llega un poco tarde a la escuela.

Pueda ser que me devuelva los llamados, todavía no se fue a Irak. Qué pelo tiene. Ojalá.

Hay mensajes grabados.

Hola, Mike, gracias por la invitación, te espero hoy a las 8, si podés.

Dice que hablaron suave. Que ella estaba suave y que el pelo le encantaba. Irse de enfermera a Irak, no cualquiera, aunque la experiencia debe ser muy rica.

Cuántos son los que van.

De aquí yo sola, pero es una organización internacional y llegan unos diez de distintos países.

Dice que no se dieron cuenta del tiempo. Que caminaron mucho por el centro. Que pararon a tomar otra cerveza. Que caminar hasta el departamento de ella fue completamente natural. Todo natural, el seguir conversando allí, hasta las cuatro. El irse juntos a la cama. Levantarse a la mañana, el café antes de salir para llevar a Aarón a la escuela. Fue natural volver cuando terminé el trabajo, dice, con el bolsito y la ropa para mañana.

Cuándo podremos vernos de nuevo, nos tenemos que ver, no te parece.

Sí, pero no sé.

Dentro de un año es mucho.

Bueno, en seis meses tengo quince días, tal vez, pero quiero aprovechar para conocer algún lugar exótico.

Por qué no. Nos encontramos en seis meses en algún lugar exótico.

Suerte que Mike se fue con el guía a comprar provisiones. Además, qué sabía yo que no era un libro de pintura, que solamente era la tapa con el Rembrandt y que Mike tiene buena letra y es detallista para escribir su diario. Cómo será Toronto, alguna vez debería ir. Canadá. debe ser caro, no como aquí. Aquí se gasta poco, hasta las chicas que hacen masaje cobran barato. Son delicadas, muy delicadas para abordarte. Hay que tener cuidado, pero parecen muy pulcras. Nadie ofrecía masaje en la jungla, qué distinta es la gente que vive en tribu. Cuánto más tranquila. En general la misma jungla es tranquila y bastante silenciosa. En la jungla hay árboles grandes pero se puede pasar bien. Árboles por todos lados, hasta en las orillas del río, casi tocándose con las ramas en el medio. Cómo una galería. Un túnel verde y reverberante sobre el agua. Hermoso. Mike no paraba de moverse cuando guíaba la balsa, qué hombre dispuesto.

Todo puede cambiar en seis meses, en especial si se conocen poco. Si estuvieron juntos apenas dos días.

Cómo es ella. Piensa en su cara, en su pelo, pero en realidad no la ve. Quién es. A Mike no le disgusta escribir, pero las cartas tardan sus buenos quince días y con el teléfono no es fácil, dice.

Bagage claim, Bangkok. Qué tremenda distancia había puesto entre sus zapatos y la computadora de la oficina en apenas veinte horas. Puede que Bangkok sea un lugar exótico.

Esperar que la mochila salga sobre la lengua de la cinta transportadora. Una eternidad. Esperar que la mochila salga y después correr al baño para cambiarse los pantalones que los del viaje dan lástima. Haber adelgazado un par de kilos para estar mejor. Haber esperado seis meses para volver a verla. A quién. Ya no puede evocar su cara, dice, pero le gustaba mucho. Qué va a pasar cuando la encuentre, se pregunta. Y si no está. Respirar hondo. Tratar de resignarse, afrontar el viaje solo. Qué vergüenza si se lo cuenta a alguien..

Pero nada es en vano. Todo es por algo, dice. Y aquí está. La mochila ya salió y estos pantalones azules le quedan mejor.

Para un ciudadano canadiense, el trámite del sellado del pasaporte parece más rápido. Allá va. De Aaron seguro que ahora no se acuerda. Aaron quedó con Justine. Aaron es lo más importante.

Cómo lo iba a saber. Parecía un catálogo de pinturas. La tapa es a todo color y dura, de muy buena calidad. Creo que el irlandés se dio cuenta de que le estoy leyendo el diario a Mike. Ahora no me mira, pero hace un rato buscaba hablarme. Como durante toda la última caminata. Qué protocolar es este irlandés, Patricio, por supuesto, cómo se iba a llamar. Siempre, me permite usted esto, me permite usted lo otro. Y esa manía de no compartir la carpa, todas las noches solo, vaya a saber qué locura carga. Dos horas para desayunar. Todos se miran, pero nadie le dice nada. Hay que esperarlo al irlandés.

Qué iluso, llegó a pensar Mike. Que una mujer se vaya a venir de Irak para verme porque lo pasó bárbaro hace seis meses y además, sin la seguridad de que yo aparezca.

Qué ansiedad cuando salí del control de aduana y empujé la puerta giratoria dándome ánimo, vamos. Y allí estaba, dice, sentadita en el bar

bebiéndose su refresco de lima limón y con un ramo de flores que me puso en las manos apenas me acerqué. Los ojos y el pelo. Qué alegría, la valija no pesaba nada, ni me molestó tomar el ómnibus lleno de mochileros hasta el hotelito que ella ya había reservado cerca de Kaosang road. Había puesto más flores sobre las mesitas de luz y además había agua caliente en la ducha.

Después salir a la calle, dice, y caminar juntos en medio del tumulto de extranjeros comprando baratijas, tomando cerveza en los bares con reggae y probando insectos salteados. Qué alegría.

Ahora me doy cuenta, apenas se conocían con Barbara. Seis meses sin verse. Pensé que habían venido juntos y que eran muy discretos. En realidad ella es muy discreta. Qué clase.

Yo sigo leyendo, hasta que salgamos de nuevo, dentro de una hora, dijo el guía. Y si me descubre le pido disculpas y le digo la verdad. No creo que se enoje, conmigo tiene buena onda. El irlandés, Patrick, se levantó a conversar con Bob.

Una hora no es mucho tiempo cuando hay qué hacer o cuando uno está interesado en una historia que va revelándose. Ahí viene el guía. Ya salimos.

Después de una caminata de toda la tarde entre los árboles de la jungla uno se cansa. Más si las zapatillas no son de las mejores. Hizo calor a la tarde. No vimos víboras. Lo que sí se ven son las plantaciones de amapolas bien escondidas. Seguro que esta noche aparece alguien con la pipa.

Por suerte aquí, en esta aldea, también hay un río para bañarse. Pero antes les voy a preguntar a las mujeres que salieron a recibirnos, si tienen munshai, creo que se llamaba así el aguardiente de arroz, qué ganas de tomar un trago.

Parece que todos tenían ganas. No hubo nadie que no se comprara una botella. Mike enseguida y Bob, el inglés, compró dos. Habrá que ver si se las toma.

Me voy a bañar. Ya oscurece, tengo jabón y la toallita que podría ser un poco más grande. Qué paz, las noches aquí y qué tranquila la gente. No hablan pero siempre son amigables. No hace falta el opio aunque el

inglés le da duro. Pero durante el día no se nota. Le sigue el ritmo a Mike que está contento. Ahí viene Patrick. Raro, el irlandés, ahora me busca de nuevo. Como si quisiera decirme algo. Qué le pasa a este Patrick. Me voy a bañar Patrick, ya vuelvo.

La verdad es que me hubiera gustado que la australiana que viaja sola, Susan, creo, se sentara en frente, pero se sienta Patrick. Es claro que éste quiere decirme algo. Medio cansador, como el arrocito de todas las noches. Pero tenemos el munshai, no sé si se dice así.

Tenemos el munshai, no estoy seguro de que se llame así, y la noche es parecida a las otras, de cielo cálido y hueco silencio. De comer bajo ese cielo, callado, respetuoso como si no estuviera. Pero está, si no, no lo nombraría. También, cómo no va a estar el cielo en un vallecito abierto en la jungla húmeda y misteriosa. Y más de noche, claro. Cómo estarán los silencios de la jungla. Los silencios del espacio entre los árboles. Me pregunto si estarán realmente vacíos los espacios entre los árboles inmóviles de la noche.

La mesa de madera gruesa está plantada en la tierra. Todos tenemos nuestra botellita junto al plato y al vaso de bambú. Todos hablan más fuerte. Olvidados del respeto del cielo y de la gente de la aldea. Todos menos ella, siempre distante y mirando. Buen pelo, realmente. El que no para es el irlandés. No sé qué me dice de la novia, o qué sé yo. Está medio romántico, de borracho. Qué dijo.

No.

No puede ser. Debo estar borracho yo también. Fortísimo el munshai. Cómo gritan todos. Mejor paro un poco, sino se va a dar vuelta el mundo.

Pero, qué me acaba de decir el irlandés. No, no le puedo haber entendido bien.

Todos se ríen, también Mike, pero en él es lo normal. Barbara, la más atractiva, está con él. Tiene clase. No pierde la línea y con todos es delicada. Mike habla con Bob. Es su primera vez en Tailandia y se pregunta cómo será dejar Toronto. Cómo sería seguirla a ella según el itinerario que le asignan los de la organización. Porque es seguro que va a seguir cumpliendo misiones en distintos lugares. Cree que le gustaría

cambiar de vida. Pero también piensa en Aaron y le da un poco de angustia. Un poco, porque Mike está contento.

Todos parecemos buenos amigos. Todos hablan, muchos se ríen, allí, en un alto ganado a la jungla donde se disponen las cabañas de la gente menuda y morena que parece haber desaparecido. Cuánta será la amistad en un grupo que hace quince días que se conoce.

Qué dice el irlandés. No puede ser. Si el irlandés siempre termina de desayunar último. Siempre camina detrás de todos y pide más descansos. Y se queja de tanto insecto. Está demasiado flaco. Además busca la sombra. El sol le hace mal de blanco y pecoso. Parecido a una propaganda de whisky. Eso sí, engolado como ninguno. No puede ser, yo me quedo a ver qué pasa.

La noche sigue igual de respetuosa que siempre, profunda y con aroma dulzón que se mezcla con el humo de las fogatas y, quizá, del opio. La noche está en paz, con ganas de ser contemplada como las chicas de los bares en la ciudad que no dejan de llenarte el vaso. Más cuando ya son tres las pipas que me fumé. Llena de paz está la noche servicial y majestuosa.

Algunos ya se van levantando para meterse en las carpas. Susan, la australiana, tambalea. Varios tambalean y los que no, caminan despacio. Susan, que no se sentó frente a mí, tambalea y es Bob, el inglés, el que la ayuda. Me hubiera gustado ayudarla a mí.

Pero yo me quedo a ver qué pasa. Mike se fue a dormir, uno de los primeros. Se tomó toda la botella enseguida. Le dijo a Barbara que se iba a la carpa. No todos se fueron a dormir todavía. No todos, vamos a ver qué pasa.

Allí se levanta Barbara, la última, que no tomó nada y que habló poco como siempre.

Ella, qué buen pelo, se levanta y camina tranquila, como siempre. Ella camina y vuelve la cara y me sonrío.

Camina tranquila y se detiene allí. Increíble. Y lo descorre nomás. Descorre el cierre de la carpa verde.

La de Patrick.  
Era verdad, no lo puedo creer.

Poca resaca después de los vómitos, pero una sed tremenda. Espero que haya jugo de naranja y café, mucho café. Ya se levantó el irlandés. Para esto, siempre primero. Y último para dejar la mesa. Voy a ver qué dice.

Ahí está la carpa de Mike.

Hola, dice Mike cuando paso por su carpa y sale. Detrás sale Barbara. Barbara no parece más cansada que él.

Hola, dice Mike. Vamos a desayunar con Patrick que siempre está solo, el pobre, y sonrío.

Desayunamos juntos, los cuatro. Hasta dónde llega la amistad de un grupo que hace quince días que se conoce, me pregunto. Hasta dónde un diario da cuenta de lo que realmente pasa.

Barbara me mira. Qué hermosa sonrisa, con verdadera alegría. Yo también le sonrío, con ganas. La verdad es que me parecen buena gente. Igual que el desayuno, con jugo y café. Esperemos que el irlandés ceremonioso como siempre, no nos haga perder mucho tiempo.

## LAS MOSCAS, COMPORTAMIENTO. EL CASO RAI

Que las moscas estén difundidas en todo el planeta, que ya desde niños hayamos convivido con su ubicua presencia, o que más de una vez hayan desbaratado alguna prometedor siesta veraniega a la sombra de árboles añosos, son hechos que no propician el asombro. Pero conocer la intimidad de sus sentimientos o la causa profunda de sus acciones es, en cambio, patrimonio de muy pocos. Probablemente el largo ensayo de Jacques Duerf "Psychologie des Insectes" (Leipzig, 1941) sea uno de los que, con más precisión y amplitud, describa ese tópico. Allí puede, en el capítulo que les dedica especialmente, adentrarse el estudioso, si cabe la expresión, en la intensa consciencia del presente que caracteriza a la mosca. Basta con observar atentamente sus gregarios vuelos circulares, que a ojos bisoños pueden parecer erráticos, para notar que las evoluciones tienen sentido de ritmo, de comunicación, y de entrega total a la acción de conjunto.

Las moscas viven en colonias donde cada individuo interactúa con los demás miembros de la comunidad. Pero la fuerte percepción de lo instantáneo y su total disposición al acontecimiento, conllevan a olvidos, a correr riesgos o a caer en trampas, no sólo humanas, que pueden serle fatales.

Muy ejemplificador del modo de sentir de estos animales, y de su libre albedrío, es lo acontecido en uno de los tantos viajes de Rai al interior, para levantar pedidos y entregar mercadería. Rai se ocupa de llevar cueros vacunos salados, cuidadosamente elegidos, a las curtiembres de distintas provincias del país. El de Rai es un verdadero trabajo artesanal. Primero hay que seleccionar los cueros que puedan servir de alfombra o cubrecama por la belleza de los tonos y la disposición de las manchas. Segundo, eliminar los que tienen imperfecciones por heridas, por defecto en el cuereado o por yerras exageradamente profundas. Después salarlos por la parte interna para evitar que se pongan rígidos y por último plegarlos y meterlos en

recipientes de plástico para morigerar el hedor y la presencia de las moscas. Podrá considerarse como algo extraño el oficio de Rai, pero lo cierto es que las curtiembres que se ocupan de preparar estos cueros artesanales recurren, casi exclusivamente, a sus servicios. Elegir veinte o treinta cueros especialísimos, empacarlos y distribuirlos siguiendo los imprevisibles caminos del interior es una rutina tan lejana a la pulcritud como íntimamente ligada a la vida de Rai. Él viaja en su Dodge 1500. El Dodge 1500, es un modelo que salió al mercado cuando el aire acondicionado era sólo un accesorio de los automóviles de lujo. Es fácil imaginar las incomodidades que implican los viajes portando cueros frescos y salados. No cualquiera puede soportarlos en medio de, y no cabe otro término, la pestilencia que se ha impregnado en el vehículo negro de Rai. Y en Rai mismo. El automóvil acusa síntomas claros de destartalamiento por el paso de tantos kilómetros de caminos rotos. Caminos de ventanilla abierta con sol o lluvia. De hedor y soledad.

La de lluvia, por cierto, es la única agua que mojó las chapas tonantes del Dodge. Y como suele suceder casi siempre, también aquí, se parecen bestia y dueño. Porque son pocas las aguas que ha experimentado Rai, además de la de lluvia.

Estas consideraciones son importantes para comprender la estrecha relación entre los animales que nos ocupan y Rai. Deliberadamente decimos animales porque, el quizá más preciso término de insectos, puede sonar un tanto despectivo y no a la altura del tema abordado, de sus connotaciones y posibles moralejas.

Las moscas acompañan a Rai, desde siempre, alternándose para revolotearle alrededor de su ensortijado pelo, y de su perenne camiseta negra, manchada por los fluidos de los cueros. Rai, su perenne camiseta negra, que ya no alcanza a ocultar del todo los pliegues de un abdomen acostumbrado a los porrones y los choripanes vastos de los boliches, y su moscas giradoras son tan inseparables, que es fácil entender la naturalidad con que él acepta su presencia. Las moscas viajan con él, mejor dicho en él y se sabe que, en más de una oportunidad, algunas de las que ingresaron en el Dodge, llegaron de vuelta a su lugar de origen después de toda una gira. Pero habiéndonos introducido en la intimidad de las moscas, podemos imaginar los sentimientos de aquéllas que, concentradas en el nicho ecológico que significa la humanidad de Rai,

entraron ingenuamente al automóvil para después separarse de su anfitrión al cabo de un viaje de, digamos, veinte horas. Podemos reflexionar sobre cuales serían la incertidumbre y el miedo al hallarse inesperadamente aisladas de sus circuitos habituales. Cuánto el desarraigom, si consideramos el apego a la familia y la comunidad que caracteriza a estos seres.

Volviendo entonces al hecho que nos ocupa, se referirá lo acontecido con tres moscas que corrieron la suerte de viajar con Rai a Jachal, en la provincia de San Juan, en el tórrido verano del año 2002.

Con su brazo apoyado en la base de la ventanilla y concentrado en sus cavilaciones a cerca de establecer un precio acorde con la mercadería que llevaba y del modo de apagar el fuego de la sed, Rai, como era usual, tampoco aquella vez era consciente de la presencia de sus satelitarias compañeras. Y tampoco lo eran ellas, fruciosas en sus volutas alrededor del pelo y de la escasa y brillante camiseta. Las moscas ingresaron al Dodge sin notarlo porque, como tantas otras veces, su única referencia eran la cintura escapular, el cuello y la cabeza de Rai, y su única actividad el lúdico revoloteo. El azar quiso que esa vez, ninguna fuera despedida por los ramalazos del Zonda que entraba por la ventanilla abierta y de que permanecieran acompañando a su anfitrión todo el periplo, que él, haciendo gala de su asombrosa resistencia a las erosiones de la conducción, hizo deteniéndose sólo para cargar combustible, sin evacuar siquiera, los productos de su rumoroso metabolismo. Así, al cabo de alrededor de veinte horas, llegaron a la bucólica localidad del norte de la provincia cuyana cuando la fresca noche reparadora ya había entrado. Es aquí donde se desencadena el drama que, no sólo para el submundo de las moscas, es reflejo de las distintas consecuencias que acarrea el hecho de tomar decisiones frente a los avatares del destino.

Cuando Rai bajó del automóvil para regalarse con el ansiado porrón del fin del viaje, las tres moscas permanecieron en el interior refugiándose en la tibieza que aún persistía adentro. Descansaron durante la noche sosegada y neta de Jachal hasta que el sol temprano comenzó a calentar nuevamente la cabina. Fue entonces que, habiendo perdido la referencia de las emanaciones de la jornada anterior, fueron abandonando, cada una a su tiempo, el fatigado Dodge. Separadas y

presas del desconcierto, las tres volaban sin dirección fija en las inmediaciones de la umbrosa plaza central. Solamente en casos extremos como el que nos ocupa, las moscas abandonan su innata capacidad de sumergirse en la intensidad del presente y piensan. Pensar es angustiarse y ése era el sentimiento que las embargaba al darse cuenta del destierro involuntario y de las hostilidades de lo desconocido. Además casi todas las otras moscas con las que se encontraban, exhibían rasgos regionales que las hacían sentir más solas y perdidas todavía. Es cierto que compartían estos sentimientos pero cada una a su modo. El libre albedrío, al que hiciéramos referencia, y que define la individualidad está bien desarrollado en la mosca, de suerte tal que la secuencia de ideas de cada una de ellas era íntimamente propia.

Para seguir sus diferentes destinos es necesario distinguirlas. Los mecanismos que tiene la mosca para identificarse son extremadamente complejos por lo que, a fines prácticos, habremos de nombrarlas con letras de nuestro abecedario. Con la letra "C" llamaremos a una de ellas. "C" es una letra de trazo simple y sin complicaciones y se adapta muy bien al carácter de esta mosca por su tendencia a la holganza y a evadirse de las dificultades que se pudieran presentar. "C", después de abandonar la plaza, voló en sentido sur varias cuerdas, hasta que su olfato detectó un efluvio que le era conocido. Lo siguió en orden a su intensidad presa de un hondo desvarío hasta llegar al regocijo que significa encontrarse con los lugares que se reconocen. Y es que Rai entraba a la curtiembre para la que había realizado la selección y el viaje. Experimentando la vieja sensación contradictoria, que alternaba la alegría y la repugnancia, el dueño recibió a Rai y enseguida levantó ostensiblemente su voz para evitar su excesivo acercamiento. El de Rai era un precio alto, más por el hedor que por el dinero. Pero había que pagarlo. Nadie en la región que no fuera Rai, podía conseguir semejantes piezas. Mientras tanto "C" comenzó a rondar el área que más la enervaba: el cuello de Rai y de alguna manera iba gestando inconscientemente la decisión que caracteriza su historia. Es que "C", habiendo encontrado lo que representaba un refugio, como era su costumbre, se negaría a reconocer los riesgos e inconvenientes que implicaba estar tan lejos de su lugar de origen. "C" se quedaría donde estaba. ¿Qué más?. Nada de hacerse problemas. Nada de análisis que

sólo provocan desasosiego. Así las cosas, algo embrutecida por la excitación del encuentro y por la concentración de emanaciones que liberaba el cuello, revoloteaba febrilmente a su alrededor. Estaba bien allí, no había de qué preocuparse.

Rai realizó su transacción en forma satisfactoria aunque sin entender del todo por qué el dueño gritaba y transpiraba tanto. Él hubiera permanecido un rato más fomentando la amabilidad, tan necesaria para los buenos negocios, pero se ve que al dueño algo lo urgía y no debía contrariarlo. En realidad a él también lo urgía su segunda cerveza del día, después de la del desayuno con pan y salame, y dar rienda suelta a las urgencias de su fragoroso metabolismo. Se dirigió entonces a la confitería de la plaza y después del efusivo alivio en el baño, se sentó a disfrutar de la tarea cumplida depositando su bollo de billetes sobre la mesa. Sin embargo algo lo molestaba. Y no eran las moscas del lugar. Éstas, si bien desde la mañana lo andaban siguiendo, lo hacían morosamente, al uso de los habitantes de los viejos valles de San Juan. Lo que molestaba a Rai era “C” y su insistencia en aturdirse en los alrededores del cuello. Tanto exageraba “C” que no pudo esta vez, dejar de percibir con desagrado el descontrol del zumbido en su papada. Y he aquí que aconteció lo que suele, cuando se es reacto a cargarse con el peso de la realidad. Aquel ampuloso manotazo que se propinó a sí mismo clausuró para siempre el decurso de “C”. “C”, sorda a la realidad, haragana para el análisis, esquiva a las decisiones y algo abombada después de lo del baño, sucumbió a la súbita oscuridad sin siquiera darse cuenta.

Siguiendo estos cabales acontecimientos, es tiempo de dirigir nuestra atención a la segunda mosca que justifica esta crónica de los hechos que comenzaron hace dos años.

Hemos de llamarla “S”, porque esta letra sinuosa parece adaptarse mejor a los cambios bruscos que pudieran acaecer. Sin ángulos, flexible como el junco y sencilla a la vez, da con la personalidad de la que tomó un camino diferente a su congénere. “S”, como dijéramos, no pudo en los primeros momentos de su huérfano vuelo, sustraerse al mismo sentimiento de sus compañeras, y giró alrededor de la plaza añosa varias veces sin un cometido fijo mientras iba tomando consciencia de su situación. Intentó en un principio buscar alguna salida a lo que, ya

sabía, era una prueba difícil. No necesitó mucho en concluir que poco podía hacer para recuperar lo perdido y procuró más bien, pensar en qué beneficio habría detrás de tal infortunio. Se sentó entonces a la sombra de uno de los gigantescos eucaliptos que detienen el cielo poderoso de San Juan. La observación, como lo demuestra esta historia, no es precisamente una de las virtudes de las moscas. Pero “S” lo logró, aunque más no sea en un umbral apenas superior al de los minerales. Al paso de un grupo que dibujaba las usuales volutas, aunque con un ritmo más sosegado, decidió despegar e incorporarse. Al principio le costó encontrar el ritmo, acostumbrada como estaba al frenesí de los frigoríficos de Villa Gobernador Gálvez. Sin embargo, lentamente y auxiliada por la tradicional calidez de los habitantes del interior para con el forastero, comenzó a comprender la cadencia melancólica de los que están habituados a la distancia y el silencio. Su naturaleza, su carácter flexible la llevaban a tratar de adecuarse del mejor modo a lo que conformaba cada realidad. Y de esa manera comenzó lo que sería una razonable adaptación de “S” a los códigos de una nueva vida que las moscas del lugar le fueron revelando con la naturalidad de los viejos ritos.

Sabemos que “S” vive en Jachal cerca de las alcantarillas del Automóvil Club, que ha entablado firmes lazos con moscas oriundas y que ha incorporado las costumbres del lugar. También que adquirió el hábito solitario de salir a revolotear en las vacías mañanas de los días feriados y a modo de catarsis, hacerlo con desencadenada furia, hasta caer fulminada por la fatiga.

“S”, aún hoy, reconoce los rancios eferentes de la humanidad de Rai, cuando vuelve por su tarea. Y llega, incluso, a deslizarse por los pliegues de su papada y a disfrutar del viejo juego por las veredas estrechas que Rai transita en las horas más rabiosas. Pero “S” siempre se separa de Rai cuando, como una advertencia, corta el silencio la desgarrada voz del dueño de la curtiembre donde quedan sus cueros.

Habiendo referido lo concerniente al destino de “C” y “S”. Veamos ahora, los no menos ejemplificadores avatares de otra de las coprotagonistas de esta crónica. La llamaremos “W”, letra que posiblemente se adapte mejor para representar un carácter aguerrido y dispuesto a ásperos mortificaciones en pos de un propósito. “W” es

una mosca de gesta, de voluntad inquebrantable, cuando, después de los usuales devaneos de la especie, recupera el sentido del entorno y puede reflexionar en su lógica.

También “W” se dio cuenta de la situación durante la mañana siguiente a la llegada y todo el peso de la angustia le calló en el alma hasta ahogarla. Pero, por su épica disposición, en poco tiempo, toda esa carga no hizo más que llenarla de ruda energía para enfrentarse con el desafío del adverso porvenir. “W” es realista y dispuesta a la acción. La templanza de “W” está en sus genes. Su abuela, a la que no siempre reconocía como tal, al punto de que más de una vez flirteó con ella, supo referirle que sus ancestros habían acompañado a los caballeros templarios en tiempos de las cruzadas y junto a ellos, que despreciaban la higiene, patrimonio de débiles, habían desarrollado el sentido del sacrificio y la inmolación hasta los últimos confines del voluntarismo. Recuérdese también que los caballeros medievales viajaban solos y que de sus desfuegos se han ensayado bizarras hipótesis. Quizá eso y también la beoda inmersión en el presente de las moscas, explique los lances de “W” con la madre de uno de sus progenitores.

El caso es que “W”, tal como en la Odisea, de la cual tenía alguna referencia, decidió acometer el tremendo desafío del retorno al terruño por sus propios medios, es decir volando y eventualmente caminando a gatas si el estragador Zonda arreciaba. Como “C”, al principio voló en dirección sur hasta alejarse del centro de Jachal pasando por el caserío que comienza a aligerar sus brazos en las afueras. Sintió, es verdad, una súbita melancolía por irse para siempre de lo que apenas, pero con ardor, había conocido. Y también por su anónimo heroísmo. Remitiéndonos al concepto de la proporción, ha de registrarse que la distancia que separa Jachal de Villa Gobernador Gálvez, donde Rai tiene su vivac y “W” su hogar, es para una mosca, aproximadamente, la que separa la tierra de la luna para un hombre. Cuenta a favor de la mosca, que el ser humano no vuela por sus propios medios.

Muchas jornadas han pasado ya desde el día que “W” salió de Jachal y aún sigue. Jornadas de calor abrasador, de viento hostil, de tremenda soledad y también de alguna araña mal avenida en su ermita, que hasta el momento “W” viene sorteando a fuerza de voluntad. “W”, dado el tiempo transcurrido, no puede saber qué encontrará si su ansiado arribo

se consumara. Es probable que ya ni lo piense, en medio de semejante esfuerzo espiritual y físico. Es que "W" entró en esa suerte de éxtasis que ocurre cuando algo se repite indefinidamente como una letanía y a la que las moscas son especialmente susceptibles.

No sabemos cuanto más andará "W" y si alguna vez llegará. Y, más todavía, si podrá encontrar algo de lo que dejó el aciago día que, alegremente, penetró el Dodge de Rai.

Quizá su abuela ya no esté para aconsejarla, contarle de sus orígenes, o sosegar su, ahora, mermada pasión. Tal vez queden pocos familiares y amigos y el vecindario haya cambiado. Pero a "W" ya casi no atiende a estas cuestiones. "W" sigue volando, agazapándose y hasta bogando en algún punto de la serranía cordobesa. La epopeya de "W" continúa y ella cumple con su mandato. Los motivos, respondiendo a su arduo linaje, poco importan.

Hasta aquí, se ha procurado dar un ejemplo, basado en hechos comprobados, del comportamiento de las moscas y de sus consecuencias. Las conclusiones, si es que las hubiera, son propias de los que conocen estos acontecimientos. Se ha intentado, en estudios ulteriores, mantener una entrevista con Rai, pero dada las condiciones descriptas, no es una tarea sencilla. Rai tiende a discurrir entre los cueros, el Dodge y el placer de los porrones.

Pero es probable que un trabajo paciente a su alrededor, que debería afrontar alguien resistente a las náuseas, será rico en orden a acrecentar el conocimiento de las moscas y nuestro volátil universo.

## HOMBRES

Siempre han disfrutado de las sombras alargándose hasta ya no ser cuando cae el sol en la ciudad.

Las sombras de los edificios bajos y las propias subiendo y bajando por la acera a cada paso.

Las sombras que parecen navegar los pasos flotando sobre el vacío. Sobre un agua de aire.

Es curioso, ellos siempre lo han disfrutado durante las charlas largas pero nunca se lo han dicho. Quizá porque sea una redundancia. Todo lo que hay alrededor de esa amistad, simple como los atardeceres, los ha acercado a la dicha.

Y las sombras alargándose hasta el infinito en los días cortísimos del invierno han sido, quizá, la amistad misma. O uno de sus modos.

Sus siluetas, apegadas a los caprichos de la tarde, han querido renovarse en cada paseo, apareciendo detrás de ellos, pasando sobre ellos y navegando disparadas hacia adelante, oscilando con su encubierta proa alrededor del mundo, para encontrarse de nuevo a sus espaldas.

Como las palabras suaves de Ion. Palabras que no riñen al silencio. Que acompañan su voz grande y extendida como las planicies blancas de donde terminan las calles.

Ion mira hacia adelante enfundado en su gabán azul, alto y seguro, esperando los saltos que se revelan en Uhr. Gusta de escuchar sus frases exiguas y urgentes. Lo hace hasta el momento de sus propias palabras, que hablan de sus sueños, desgranándose, como si los soltase de un opulento fruto maduro.

Uhr atiende, se lo ve en sus ojos claros, abiertos y movedizos como la laguna durante las brisas de la mañana.

Uhr escucha como mira o huele, extrayendo, aún hasta hoy, el alma de todas las cosas. Siempre ha pasado caminando casi de lado, inquiriendo a Ion con gestos cortos y sintiendo como una manta la calidez de sus ensueños. De ese cariño que sigue disfrutando cuando

llega la noche interminable, cuando las sombras han dejado sus propias sombras.

Las tardes escasas de los inviernos han seguido desgranándose también, y los paseos y la rueda de las sombras.

Pero algo ha ido cambiando. Algo que ha empezado a entristecer a Ion desde que se manifestaron los prematuros cabellos blancos.

Al principio les pareció de poca importancia, pero a medida que la multitud de tardes fue cumpliendo su faena, las evidencias, anunciadas en esas nieves tempranas, se han ido acumulando hasta transformar el rostro y el cuerpo de Uhr.

Uhr ha envejecido con mucha rapidez.

Son apenas dos los meses que separan a los amigos desde que irrumpieron en el tiempo que los une. Dos meses de diferencia desde que el Ser los hizo coincidir en la vida que les ocurre.

Han abandonado apenas ventitantos inviernos. Uhr parece cargar con más del doble de años que Ion.

Uhr ha estado preocupado. Más lo ha estado Ion, al ver lo que pasaba. No han querido decirselo, cómo si eso invalidará su existencia.

Sin embargo cada vez se ha evidenciado más. Los pasos de Ion han debido adaptarse a los de su amigo, cortos y enérgicos como antes, pero un poco más lentos.

Y en las tardes del frío, cuando la ciudad ritual, sobriamente se despide de su gente, sus propias sombras pugnan por separarse.

Ocultarlo más habría sido deshonesto y a pesar de que Uhr se ha sentido triste de hablar de su drama, más lo ha entristecido el posible dolor de su amigo.

Estoy envejeciendo mucho, ha dicho Uhr. Me cuesta mirarte a los ojos.

Juntos veremos qué está pasando. Te acompaño, ha dicho Ion.

Las noches de Uhr son planas y el encanto del sueño no le es propicio. Uhr lo conoce apenas por los escasos instantes en que le es dado dormir y cruzar la difusa frontera donde el Ser desteje uno de sus otros tiempos. De ese tiempo sabe mucho Ion que transita la larga noche en la paz del dormido. Sueña Ion y para eso duerme. Los días, entre las brumas de la ciudad, se empequeñecen. Sólo los paseos con su amigo se mantienen ciertos.

Uhr, en cambio, cruza su vigilia dispuesto en la sombra de la sombras

de su ciudad distante. Sin poder dormir. Y se ha acostumbrado a la magnitud del oscuro invierno que se repite.

El tiempo del Ser de Uhr se ha tensado respecto del de Ion. Buscan separarse. Cada vez mayor es la brecha entre el tiempo de Uhr y el de su amigo.

Sus vidas han coincidido, pero lo que cada uno ha atravesado es diferente.

Uhr se ha mantenido despierto, ha estado aquí, por casi el doble que Ion y eso se ha ido manifestando en su cuerpo y en una gris melancolía que ha querido ir adelantando la separación.

Es verdad, en escasos instantes, Uhr ha recorrido el otro tiempo: ha dormido, interrumpiendo las noches definitivas de la ciudad, pero, aunque no lo supiera de cierto, desde aquí ha sospechado que quedaba mucho por soñar, porque sus oportunidades han sido minúsculas.

También en alguno de sus sueños flacos se ha encontrado con Ion y se lo ha hecho saber.

A Ion, con más frecuencia, naturalmente, le ha pasado lo mismo. Pero esos otros lugares no han concordado y sus recuerdos, cuando han querido expresarse, tampoco.

Han sospechado que para encontrarse, ambos hubieran debido soñarse en el mismo instante. Si eso ha ocurrido, lo cual es improbable dadas las pocas oportunidades con que cuenta Uhr, no lo han sabido. Tal es el capricho del recuerdo que aparece espontáneo como un cambio en la dirección del viento, también improbable en las distancias rutinarias e inclinadas de la ciudad.

No ha pasado o no lo han sabido.

El acostumbrado gozo de los paseos ha devenido en una trabajosa complacencia por las diferencias crecientes que se fueron instalando, noche a noche, entre los amigos. Ion se ha estado ocupando de Uhr más como de un padre anciano que de un amigo. Uhr lo ha soportado con dolorosa resignación para no contrariar a quién más aprecia.

Han seguido descorriendo el asignado tiempo de sus paseos mientras la contrahecha humanidad de Uhr se apoya en el andar seguro de Ion, que ha hablado más para tapar el fatigado silencio. Mientras, el otoño en su calle umbría se ha ido desvaneciendo sin que se sepa bien cual edificio sucede al otro.

Todo esto ha continuado hasta la última noche.

Durante su curso, que no se ha diferenciado en casi nada de lo que es un hábito detrás de las ventanas parcas de la ciudad, sus sueños se han encontrado. El Ser ha querido que la vida, en uno de sus otros tiempos, los halle a ambos, soñándola. Y también ha decidido que el capricho del recuerdo se posase en ellos a la vez.

En la mañana Ion y Uhr han emprendido su caminata después del difícil cruce de una mirada acostumbrada a las distancias con otra que ha tenido que apegarse a la compañía de la tierra.

Se han sonreído. Acaso largamente.

Ion ha dicho que soñó con Uhr.

Uhr ha dicho que soñó con Ion.

Hemos quizá soñado con nosotros, ha preguntado Uhr mientras las paredes siguen rozando sus pasos que parecen haberse entendido y las sombras se han echado hacia adelante.

Hacia adelante caminan los amigos y bajan la calle que no conoce más límite que el humo del horizonte o la bruma de las paredes húmedas.

Has visto cómo somos, ha preguntado Ion.

Lo he visto.

Cómo, ha preguntado Ion.

Tu eres un anciano doblado y yo un muchachito apenas adolescente, lleno de inocencia y hambres, sano y cabal, ha contestado Uhr, dejando ver sus dientes escasos.

Ion ha vuelto a tomar el brazo de Uhr.

Sí, amigo. He soñado demasiado, demasiado. Y tú, cansado como estás, casi nada. Aún no has crecido en ese tiempo y quizá apenas podamos ser amigos porque, por lo que se ha visto, dado mi estado, yo deberé abandonarlo enseguida, dijo Ion sosteniendo la sonrisa de Uhr.

## LA FERME

Ya había pasado una pareja de veterinarios por el pueblo. Se fueron rápido. Sin pena ni gloria. Y no se habrán entristecido porque sólo duraron unos meses.

Uno rubiecito, decían en el pueblo. Un diminutivo para el muchacho que hablaba bajo y esquivaba la mirada. De ella, no se acuerda casi nadie.

Robles alcanzó a hacer uso de sus servicios, los del muchacho, un puñado de ocasiones. Robles es abierto con la gente nueva, como la mayoría. Aunque más consecuente cuando se acaba la novedad de ser recién llegados.

No paso del interés de vecina gorda, al chimento barato al mes siguiente, no me aburro de la gente, tengo trabajo y me gusta que cada cuál haga lo que quiera. Robles se toma el café de las 7 de la tarde de los jueves antes de volverse a su campo de nombre francés.

De algún modo, un solterón codiciado. Habla lentamente. Desde el cuerpo nervioso y contenido. Con timbre metálico desde los rasgos finos. Habla lentamente desde los anteojos de metal que evitan lo que dicen sus ojos.

Se ve a Robles llegar al pueblo en su camioneta colorada con treinta años peinados a la gomina. Son siempre más de cinco las que conversan junto al quiosco de la plaza antes de meterse en sus casas para arreglarse, que llega la noche del sábado.

Habla distinto. A mí me gusta, me gusta cómo habla y cómo fuma. Para mí lo hace de agrandado. Te digo que a mí me gusta, además no es un mocoso. Te digo que es antipático y agrandado.

A ella también le gusta. Es un candidato y en el pueblo no hay tantos. Además chupa poco.

Robles baja de la camioneta japonesa y para en la farmacia a comprar

aspirinas. Aspirinas, dice que quiere. Quiere ver a la empleada que es lo más lindo que haya vivido en el pueblo. Y él sabe. Son cincuenta años de mirar. Es lo más lindo que haya habido en el pueblo, más linda que las minas de la época del secundario con los curas, en Buenos Aires. Dame un paquete de aspirinas Clara y se queda sobrio y lejano, como siempre, tras los anteojos de metal.

Aquella pareja de veterinarios duró muy poco en el pueblo. Seguramente porque casi todo el trabajo es en el campo. Eso no parecía hecho para él. Alguien ha dicho que él, ahora, trabaja en una dependencia del SENASA en alguna ciudad cercana. Destino más lógico para el rubiecito, aunque nunca se sabe. Porque llegaron comodidades a las estancias de la provincia. Las instalaciones son nuevas y se trabaja mejor. A nadie le gusta romperse el cuerpo.

Ahora es más fácil la vida en la provincia. Con la luz y las comunicaciones. Aunque todavía vive poca gente. Todavía las distancias son grandes. Pero hasta el clima es menos duro en el invierno que cada vez tarda menos en irse.

El flaco Ramirez y su mujer llegaron hace más de siete años y los dos están aquí. Parecía lo mismo pero éstos se quedaron. Parecía lo mismo, aunque el flaco se toma su tiempo para todo y cuando empieza algo, no compara. El flaco se adaptó bastante rápido y no solamente Robles lo sostiene como veterinario. El flaco, trabajo que agarra, lo conserva.

Me separé Robles.

En serio, qué pasó.

No sé, se volvió loca Juliana.

Cómo.

No sé, dice que está cansada, que le doy lástima.

Qué me decís, che.

No sé, que no sirvo para nada. Qué locura tienen las mujeres. Y, viste, lo que me hace pelota son los pibes, los extraño.

Van juntos al campo. Hace poco que llegaron y ya los llevan para el tacto y lo sangrados. A pesar de lo delgada, se ve firme en el cepo. Los animales entran con toda la fuerza de su musculatura. Cuatrocientos quilos. Siempre parece más. Y ella trabaja encima. Ella sube tanto como

el flaco y parece que no le importa la mierda verde. Es difícil, muy difícil no ensuciarse y más cuando están pastoreando gramilla tierna. Cada invierno es lo mismo. Falta el pasto. A veces se sembró un verdeo y pasa como ahora, cagan blando. Pero qué gloria es verlos tranquilos a las diez de la mañana con el sol tibio interrumpiendo el verde brillante, después de la helada.

Es de ciudad. Se ve por la ropa. Por la flacura. Es de ciudad. Se ve. No hace chistes. Los hombres tampoco, no están acostumbrados todavía. Ya aparecen las mujeres en los campos, cada vez más seguras. Ya las escuchan. Con atención genuina

Parece dura. Mira poco. Habla de veterinaria. El flaco siempre espera a que ella hable.

Si es la más linda que haya habido en el pueblo, no lo sabemos. Robles lo piensa y está seguro. Dieciocho años más delgados que lo usual metidos en un delgado vaquero azul oscuro. Dieciocho años metidos en un suéter rojo ciñendo los pechos duros, en un modo más blando que las otras chicas. Tras unos pequeños anteojos que no le tapan los ojos cálidos.

Como allá en el mar, cuando se fue con los compañeros del colegio, piensa Robles. Como allá en el mar, se inunda de brisa cálida. Es su respeto y es su serenidad, piensa Robles.

Desde antes de las tardes de los sábados Robles ya era candidato. Hay pocos, con campo, con camioneta roja, que no lo sean. Pero Robles es especial. Habla suave, con palabras distintas. Fuma distinto. Estuvo en Buenos Aires. Seguro que tiene muchas, pero no pueden ser de aquí. O, si son de por aquí, de alguna manera hace que se callen.

Y pasa el tiempo. Cuando pasa el tiempo, tres o cuatro años, uno se adapta a la vida de pueblo. Se adapta a las cuadrás más lentas, a las distancias de caminar o de bicicleta, al valor de la poca palabra. Es difícil cambiar de nuevo. Difícil volver. Sólo de visita. El flaco Ramírez ya se adaptó y la flaca parece que también. Ahora se queda en la veterinaria. No va casi al campo, salvo cuando el flaco no puede o el trabajo es simple. Vuelven los chistes a los corrales, es natural. Trabaja bastante Ramírez. No es muy prolijo pero no hay otro que se preocupe

cuando lo llaman. Con las salidas al campo se lo ve poco en la veterinaria. Parece que la flaca se adaptó. Parece. A veces quiere hablar en el negocio. De la vida en el pueblo, de la gente.

Cadenas, correas de cuero, látigos, vergas de plástico, muñecos.

En el pueblo. En lo de la gorda Aramburu. Raro, pero puede ser. La gorda nunca tuvo novio y si lo tuvo, no se lo vio.

Anda la gorda Aramburu sola con la madre por el pueblo, en el autito nuevo y prolijo. Auto de mujeres que no lo necesitan. Auto de mujeres de pueblo. Que gasta el tiempo andando poco. Demorándose en la distancia holgazana.

Anda sola la gorda o con la madre. Ahora sí está gorda, y que se sepa, no sale ni para la fiesta del pueblo.

Sabés la última.

No, quien se murió.

No, nadie, la flaca se separó del flaco.

De Ramírez.

Sí del flaco.

Qué pasó.

No le gustan los hombres y lo echó.

Cómo que no le gustan los hombres.

Cadenas, correas de cuero, látigos, vergas de plástico. Y sólo mujeres. La gorda Aramburu, dice Balduino, mientras le da una chupada al toscano de siempre, que no larga ni cuando siembra.

Balduino sonríe y mientras, espera para que se entienda. Balduino espera más preguntas y sonríe. Hay poca gente respetable y laboriosa como él. Miren lo que anda pasando en el pueblo.

A Robles también le gusta la flaca y piensa en la oportunidad. Ya pensaba en la oportunidad cuando la flaca quería seguir hablando en la veterinaria y el flaco estaba en el campo. Además, A Robles, no le disgustaría la historia del salón de la gorda Aramburu. Si se puede.

La flaca habla con Robles bajo el alero que montara el flaco en la veterinaria con chapa y los tirantes de pinotea que él le regaló.

Bajo el alero hablan. No les gusta estar afuera. La gente, sin mirar,

ve. Pero adentro tampoco es bueno. Quien sabe si él no comete un error y la flaca le sale con un martes trece. Mejor esperar.

Hace años que Robles aprendió que hay que esperar. Todo llega. Ya le disgusta menos. Antes era peor. Cuando se es más joven, ya se sabe, todo se quiere ahora.

Por la brisa cálida del mar, por el respeto y la serenidad, Robles puede esperar siempre.

Esperar es lo que pasa mientras se vive. Hasta que pasa la muerte. Todo espera que pase. El invierno, guardado en el tiempo, que se vaya el verano. El pueblo, dos nuevas calles pavimentadas y que baje el agua. El flaco Ramírez que todo se calme, porque mucho no entiende.

El flaco no compara. Está aquí que es como estar en cualquier lado. Al flaco no le importa saber que todo pasa aquí mismo. No se preocupa por eso. Ahora va sólo al campo con la camioneta que heredó la flaca y trabaja entre el silencio y los chistes. Entre la poca gente del campo, adentro de la mañana liviana y hueca.

Otra mujer, no. No me gusta. Además yo la quiero a Juliana. No sé que quiere. Habla demasiado con mi suegra y no sé que quieren. Dicen que se van a ir a Europa, las dos solas. Y, yo me quedaré con los pibes. Voy a tener que poner alguien para que atienda el negocio y los cuide un poco. Ya veremos. Vamos a esperar un poco. Bueno, chau che. Ah y gracias por los tirantes de pinotea. Quedaron de primera, viste.

En La Ferme siempre hubo vacas, desde que uno se acuerda de Robles con treinta años y camioneta roja. Vacas y unos novillazos colorados que son los mejores de la zona. Aunque a los otros criadores no les gusté. Entre vecinos se compara.

Los novillos de Robles son los mejores de la zona. Nadie lo discute. El les da maíz molido desde siempre y, al final, casi todos volvieron a eso, después de hacer muchas pruebas. Una vez lo dijo un americano gordo. Para qué hacen tantas pruebas si sacan un maíz de tanta calidad. Robles trabaja él mismo. Castra desde atrás y de parado. En la manga. El flaco también va pero se ocupa más de las vacunas y los análisis. Robles, de lo que exige el gobierno, hace los menos posibles. Cumple lo menos posible. No le gusta que le saquen plata.

La camioneta colorada se está pudriendo debajo de unos paraísos, igual que un Chevrolet cuatrocientos y varios fierros viejos. Robles no vende lo que usó. Se queda con eso. Más que amortizarlo, termina de romperlo. Y lo deja en el campo.

Robles no engordó nada. Está fibroso cómo en la época de la camioneta colorada, pero, es claro, ya no salta en el brete como antes. Para eso está el flaco y los peones a los que nunca trató bien. Nunca quiso a esa gente.

Piensa mucho en Clara y casi tiembla. También piensa, pero de otro modo, en la mujer del flaco, en Juliana. Va a pasar por alimento balanceado para los pollos y de paso va a esperar bajo el alero, o mejor adentro.

Hacen buen café expreso en el club y ahora se juntan siempre antes de que Robles se vuelva al campo.

Lo peor es que Juliana ya me venía cagando con el loco Mártire desde antes.

Cuál, el de Elderman.

Sí el que tiene mucho campo cerca de La Milagrosa.

Mirá vos, con Mártire, te dijeron algo de la gorda Aramburu.

No por qué.

Qué sé yo, no es buena junta.

El flaco no sabe nada. O es que no hay nada que saber. Es que son inventos de la gente. El flaco no tiene ni idea.

Y ahora está malísima, porque parece que el loco no sale más con ella.

Ah no, y vos cómo andás.

Bien che, mejor, no es fácil, pero más tranquilo, me compré el cientoventiocho y con eso voy al campo, pero Juliana está malísima y me la complica con los chicos.

Robles no sabía lo del loco Mártire. Sabía lo de la gorda Aramburu y eso no le molesta. Casi le gusta, bien clandestino. Pero lo del loco sí lo incomoda, ya le ocuparon el lugar. Igual, poco importa cuando allí, a tres cuadras, atiende lo más lindo que haya dado el pueblo. El respeto

y la dulzura que no cambia desde hace veinte años. Que él espera sin apuro y que disfruta cuando pasa a comprar algún remedio, ahora que se queda conversando un rato, y cambia un poco su timbre metálico. Ahora que ya es una mujer completa, pero con la misma dulzura de siempre.

Será verdad lo de la gorda Aramburu. Quién sabe. Quizá es cosa de inventar alguna historia, que por aquí pareciera que no hay tantas. Aunque en cada historia están todas. Está todo. Las mañana abiertas y frescas, el trabajo que ha dejado de ser tan duro, el verano y el invierno, lo que espera el pueblo, lo que piensa Balduino y lo que Balduino quiere que piensen.

Lo que sí es verdad es lo de Mártire y Juliana. Eso lo sabe el mismo flaco y lo dice. Parece que no, pero le duele.

Y adentro de la flaca, qué pasa. Está enojada, quizá, porque el loco desapareció. Enojada, quizá, porque el flaco, que le daba lástima, está dejando de dársela. Enojada, quizá, porque no le dan paz y, sin mirarla, la ven. Y dicen esa locura de lesbianas, propia de idiotas de pueblo, o a lo mejor, no tanto. Está enojada, quizá, porque, como muchos, no sabe bien qué quiere.

Hay un vientito profundo. Hay en el aire un cálido dejo a pasto. Hay briznas de humedad que no van a calar los huesos. Cosas de agosto entrado. Ya anda la gente dando vueltas en auto o a pie después de las siete. Para el café, para ver, para encontrarse y charlar de lo que pasa o de lo que se quiere que pase.

Andará la gorda Aramburu que dicen que tiene el salón.

Vientito profundo. Cálido olor a pasto. Quizá una lluvia que viene preparándose. El pronóstico dice que no. Mejor, hay agua por todos lados. Cosas de agosto entrado. De días que quieren estirarse. De bichos y de gente que empiezan a salir. Que quieren alargar la conversación en la mesa del club.

En invierno y en verano, Robles para en el club por su café de las siete. Todos lo saben. Ya se acostumbraron. Ahora se lo ve con el flaco. A Robles, que espera.

Mirá vos, Juliana con el loco Mártire.  
Sí, viste, ni me hablés, pero parece que se fue.  
Y vos, te enganchaste a la piba de Colonia Olsen.  
No, es buena piba pero qué sé yo, no íbamos a ningún lado, dejé de verla.

Tenés que salir con alguien, flaco.  
Sí che, vos sabés con quién empecé, con Clara, la mina de la farmacia.  
Cómo, qué Clara.  
Clara, la que labura hace como veinte años en la farmacia de Almenar, estoy contento y me parece que ella también.  
Nada se ve de lo que pasa detrás de los anteojos de Robles.  
Y Robles dice: es la mejor chica que hubo en el pueblo, te felicito.  
Y el Flaco dice: te parece che, bueno.  
Nada ve el flaco de lo que pasa detrás de los anteojos.  
Y Robles dice: son las ocho menos cuarto, me voy al campo.

Son las ocho menos cinco y se ve la polvareda que levanta la camioneta japonesa de Robles que se va al campo.

## NO YO

Es una mañana de esas que parecen huecas. Redonda y vacía. Una mañana que se va presentando mientras camino por la ciudad. Que multiplica sus espacios en todas direcciones. Y claro, la temperatura está alrededor de los veinte grados y el aire limpio como un adolescente. Debe haber llovido ayer. Digo debe, porque de ayer no me acuerdo.

Eso, me resulta muy natural porque no soy yo el que lo está pensando. Eso se debe pensar solo.

También la ciudad está muy natural. La mañana hueca, y Paraguay y Urquiza vacías.

Vacías del verano que ha mandado la gente a donde corresponde. La esquina de Paraguay y Urquiza está igual que esta mañana, profunda y mansa en el ahora suave. El verano, que hoy se niega en una mañana sin estaciones, suele sacar a mucha gente de la ciudad. En realidad, esta mañana, que el verano habrá olvidado en algún cajón que no se abre casi nunca, ha sacado toda la gente.

Yo también tengo que salir de vacaciones. Vacaciones abiertas como la mañana. No yo, pero puede pensarse en que yo no quiero repetir eso de las vacaciones rituales. Los ritos se repiten, claro, y tener que repetir tiende a ser un trabajo. No vacaciones. Lo bueno es que el espacio se abre a mi paso. Lo bueno es que me doy cuenta sin pensarlo. No soy yo el que hace la aclaración. El que la hace se disculpa porque la aclaración está de más. Nadie que piense puede darse cuenta de nada.

Se abre el espacio y la agencia lo ofrece, bien claramente, entre tantos destinos muy distintos y muy repetidos.

“Solamente para exquisitos, vacaciones únicas, absolutamente exclusivas.

Si usted es varón, viaje con nosotros a ser una mujer.

Salidas de frecuencia semanal. Duración cuarenta días”.

Abajo del afiche se aclara que el servicio inverso aún no está implementado y que seguramente estará disponible durante la misma estación del año que viene.

Abajo del afiche dice que no es genérico. Que el azar y ciertos parámetros evaluados por la empresa y que por supuesto se mantienen en total reserva, definen el destino del viaje en función de cada pasajero con excelente ajuste.

No yo, pero se ve que la chica que atiende es bonita y que está trabajando cómoda porque el flujo de clientes ha ido disminuyendo desde que entró el verano. Ya pasó lo peor.

Qué bien me atiende esta chica. Qué tranquila es.

Con el folleto no es suficiente. El folleto dice que la salida es a las siete y que se pernocta en el tren, en camarotes dobles o individuales. Que el servicio es de primer nivel en ambos casos. Y que el viaje se ha adaptado al sueño con mucha precisión pero sin caer en excesos.

Que el desayuno es libre y está previsto para después del arribo.

Con el folleto no es suficiente, de modo que los detalles usuales como el precio en ambas clases se los pregunto a la chica. Nada barato, pero interesante.

Interesante, le digo. ¿Usted lo hizo? La chica se ríe y me dice que recién están saliendo los primeros fam tours para mujeres. La chica se ríe y dice que ella aún no puede hacerlo. Que el de ella es un caso especial.

No se puede pagar con tarjeta de crédito. Qué raro. Sí con tarjeta de débito y por supuesto en efectivo.

Ya he decidido el viaje después de haberlo analizado, supongo, y vuelvo durante la mañana, esta mañana abierta, a la agencia y la chica, que sonrío durante el día guardado en algún cajón del verano, arranca el papelito del postnet que me da a firmar.

Buen viaje, dice la chica con el mismo gesto del gordo que está en la oficina contigua tras el cristal. El día del retorno se lo pasará a buscar en el horario convenido.

La noche está bien definida, segura y completa como el tren, del que no se ven bien los últimos vagones.

Esta noche no debería llamarse así, porque más que noche, es todo

lo que pasa, y porque está segura y completa. Esto es todo lo que está siendo y nosotros subimos de uno en uno a nuestro vagón, y en la escalerilla se repite la escena de subir nosotros hasta que me acuesto en el camarote.

Me acuesto en el camarote o sigo subiendo por la escalerilla.

Es un camarote flaco, con un pasillito entre la litera y el tabique opuesto. Un camarote que aísla del ruido del tren que, mientras que subo por la escalera, no oigo en absoluto. Un camarote con la ventana tan sellada que no dan ganas de abrirla. Además para qué, si es de noche.

No yo, pero debo tener sueño. El sueño tampoco es eso. Es completamente todo lo que pasa cuando, si cabe el cuando, se duerme.

Fue una noche de firmamento y estrellas mimosas dentro del camarote flaco y estanco como una conservadora. Fue una noche circular como el espacio infinito, llena de lejanía.

Una noche completa y ajustada al sueño con mucha precisión.

Mi yerba es especial. Hace tanto que la compro que ya no sé cómo serían los mates del desayuno con otra. Me gusta mucho Eduardo, me gustó que me hiciera el amor otra vez a la mañana y que se quedara para los primeros mates. A la mañana de nuevo, no lo hubiera creído. Me gusta cómo me trata y que me haya llamado tantas veces. Aunque habla poco.

Yo ya le conté de Rody. Le conté casi todo. Todo, no lo entendería, es hombre.

Le conté de lo desesperado que está por recuperarme. De sus lágrimas. De sus ruegos. Pero no puedo olvidarme de lo que me hizo con esa. De la carta que le escribí. El me habla, como si no tuviera importancia, de que hay que empezar de nuevo. Pero a la semana va a ser el mismo de siempre. Todo va a ser como siempre. Si hubiera sido una calentura quizá se lo hubiera perdonado. Pero lo de la carta no puedo olvidarlo.

Fue muy feo haberlo hecho también con él, así, con el dolor de la despedida.

Me gusta con Eduardo, aunque todavía no tengo confianza. ¿Le gustaré yo, como él dice?

Me lo hizo de nuevo a la mañana. Es demasiado callado. Habrá que ver que pasa.

Tengo a Ian y a Julieta que cada día está más seductora. Cómo se acomoda para las fotos. Haber tenido a Ian y a Julieta. No sé si quería tener hijos, pero llegaron. Y después aprender a ser madre. Aprender sobre la marcha. Nadie empieza sabiendo, por lo menos eso creo.

Estas vacaciones en Argentina me hacían falta, después de tantos años, y estoy cómoda aquí en el departamento que me alquilaron mientras los chicos se lo pasan en Fisherton con papá y mamá. Quizá deba volver a Argentina. Si no lo hago ahora, después va a ser más difícil.

Ian cumple catorce. Y yo cuarenta. Cuarenta con quince en Lyon y mi "Milonga del Cielo". Los chicos franceses y yo que todavía tengo ganas de hacer el amor.

Está bien que los chicos se lo pasen en Fisherton. Ya se quedó a dormir tres veces. Es increíble que lo haya conocido la primera noche en la milonga. Un aparecido. Me encantó enseguida.

Yo no, otra, comienza a recordar tanto de lo que la hizo a esta mujer que piensa en la casa alquilada por un mes y medio en el centro. Otra recuerda aquel viaje a Lyon hace quince años. Hace quince años. Tomarme aquél avión porque Ariel me decía que fuera mientras escribía sus artículos para Página 12. Ariel que me decía que fuera con esa naturalidad de amigo. Cuánto me gustaba. Ahora todavía me gusta. Qué locura irme a Lyon sola y sin trabajo. Sola y enamorada de Ariel que me hablaba de sus artículos y de la noche en Lyon. Y acostarme con Roberto, su compañero de juerga, y contarle a Roberto que estaba completamente enamorada de Ariel. Que yo, a Ariel, lo quería más que su amiga de aquellos días.

Era lindo Roberto, más lindo quizá que Ariel. Y yo se lo decía y él no decía nada. ¿Seremos iguales todas?

Otra, yo no, recuerda tanto de los últimos quince años viviendo afuera.

Yo tomo mi mate con yerba que traje de Lyon. Tomo de la bombilla de esta casa que alquilé por un mes y medio mientras los chicos están con los viejos disfrutando de la pileta, con semejante calor. Aunque hoy es un día especial, un día fresco y silencioso. Es un día diferente. Las estaciones también tienen sus caprichos.

Y los chicos ni se acuerdan de mí. Qué van a hacer aquí en el centro. Pero la casa es cómoda y él ya se quedó tres veces. Él, que tomó mate,

recién, de la misma bombilla con la que yo sigo. Un aparecido, Eduardo. Siento que alguna vez lo conocí, quizá cuando íbamos a los boliches o al Barcelona en el que pasábamos todas las noches. Él dice que no se acuerda. Pero es como si yo lo conociera de algún lado. Baila bastante bien, no debe hacer mucho que baila. Pero su modo se ajusta a mí. Es como si se metiera en mí.

Fue increíble largarme a llorar delante de él. Casi sin conocerlo, pero no me dio vergüenza hacerlo un poco cargo de mi desesperación, cuando me dijo que me entendía y que él podía esperar lo que hiciera falta.

Esperar lo que hiciera falta. ¿Qué habrá querido decir?

Yo me puse a llorar porque venía Rody, de Francia, a verme después de tantas peleas. Si no estuviera en Lyon, lejos de mi familia, si estuviera aquí con mis dos hijos ya me habría separado. Pero seguimos este juego tan desgastante. ¿Por qué será? Qué feo cuando Rody me lo hizo el día que llegó. ¿Cómo parar a un tipo tan desesperado?

Qué feo. Tengo que olvidarme y ponerme linda para Eduardo. La ropa es tan importante.

Lo bueno es que tengo las bombachas argentinas. No hay como las bombachas argentinas.

Cuando vuelva, voy a llevar una buena cantidad para venderle a mis amigas. No ocupan lugar y les saco el doble.

Tengo que ponerme linda. Yo fui linda, sin duda. Ahora no sé. Me parece que sí, si me mira como una mina de cuarenta años.

Cuarenta años ya. Y aún me gusta que me hagan el amor.

Cuarenta años, después de la facultad de Psicología, después de aquellos días locos en Arrajal D'ajuda en medio del pueblito hippie y el calor de Bahía. Y de la capoeira y de Germán que me dijeron que sigue igual de loco y que ahora está de bañero en España.

Era lindo Arrajal, era linda esa mezcla de hippies y gente del campo, tan pegadito al mar, tan brasileñamente negro. Y el calor no era tanto. El peor calor era el de Manaos cuando se me ocurrió lo del Amazonas. Cuántas ganas de recorrer mundo. ¿Le habrá gustado recorrer mundo también a Eduardo?

Pero tengo que dormir un poco. Ya no sé cuántas valerianas tomarme. Anoche, con los ojos cerrados, me lo pasé sintiendo cómo dormía. Me gustaba saber que estaba allí. Pero me daba miedo como un aparecido

que te va poseyendo. Y la angustia de pensar en Rody. La angustia de haberme ido a la cama con otro.

Antes estaba segura. Si me gustaba irme a la cama con otro, el anterior casi desaparecía.

Era fácil olvidarlo. Pero ahora es distinto. Cuatro años bailando con Rody entre Lyon y Paris. Cuatro años de pasión y de odio. De este juego loco.

Pero me gustaba que Eduardo estuviera allí, durmiendo ese sueño pesado de hombre. Lo sentí toda la noche, como la angustia por Rody, a pesar de las valerianas y el champagne.

Esta manera de sentir todo. De sentirme el cuerpo, el alma, de tener ganas de hacer el amor con él, sólo con él, de mirarlo dormir, de no dormir yo y sentir, sentir, sentir. Me pasa desde que llegó así, de golpe. ¿Por qué será que, desde que llegó, todo lo siento tan intensamente? Eduardo baila poco y lo hace bastante bien, quizá algo rígido, algo distante. Muy parejo su modo de bailar, aunque tiene ese swing cuando hace una bolea que me encantó.

Tiene lindo abrazo, me deja descansar, da paz. Y si sigo bailando con él, lo de siempre, pero naturalmente. Es como si pasase lo que tiene que pasar. Yo no dudé ni un instante cuando nos fuimos de la milonga donde lo conocí. Y él no bailaba con casi nadie. Qué curioso, bailó solamente con la dueña. Creo que cuando lo vi de atrás me decidí. Qué hombre. Como si lo conociese de siempre.

No la que toma mate, sino yo, que la veo sentada escuchando "Milonga Picaresque" con las piernas cruzadas, mis bellas piernas blancas, pienso en cómo ha ido aumentando el placer de las noches con Eduardo. Muchas noches ya. Pienso cómo me invade el placer cuando empieza a acariciarme y cómo cambia cuando lo hace abajo. Cómo es todo ese calor cuando entra y empiezo a poseerlo dándome abierta, elongada, sintiéndolo tan claramente adentro. Cómo es ese calor expandiéndose suave por mi cuerpo hasta sentir esas cosquillas casi insostenibles cuando me besa las clavículas o esas pequeñas explosiones cuando me chupa el pezón izquierdo. ¿Cómo será para él? ¿Cómo sentirá el placer un hombre metiéndose adentro con algo tan fuera del cuerpo? ¿Con algo como si fuera una antena o un puñal?

Las antenas no sienten, transmiten las sensaciones. Quizá sea algo

así, desde fuera hacia adentro, y al final es parecido. Si no, no daríamos casi los mismos ayes cuando estamos terminando. Esa es la diferencia, quizá, las caricias y también los tiempos que parecen ajustarse mejor cuando se está enamorado. Qué ganas de hacerlo con Eduardo.

Y que después duerma su sueño pesado y tranquilo que lo lleva, vaya a saber adónde.

Habla tan poco. De su pasado jamás. Lo único que sé es que vino en tren. Pero es de Rosario, igual que yo. ¿Desde cuando funcionan los trenes en Rosario? No me atrevo a preguntarle. Y eso que él no me advirtió nada. Hay algo en él que reconozco, algo como mío. Pero me vuelvo con la que toma los últimos mates de yerba de Lyon y escucho Tema de Amor de Leonora. Dan ganas de bailar. Tengo que averiguar si hoy hay milonga.

¿Vendrá Eduardo hoy? Yo sigo a gusto con él y va un mes desde que nos conocimos. Ya hace un mes. Dijo que pronto se va. Es como si cada día lo conociera más pero menos, y no puedo dejar de esperar que llegue y esté aquí conmigo.

Voy a tener que descansar cuando vuelva. Durante esta visita a la familia no hice mucho más que bailar y bailar en brazos de él y sentirme distinta. Con una conciencia que duele y con un insomnio casi completo.

¿Querrán los chicos volver a Lyon? A veces me parece que se aburren un poco. Le faltan amigos. Aunque Julieta habla mucho con la hija de Isabel. Tengo que tomar una decisión. Tengo miedo de volver a Lyon y repetir la historia. Encontrarlo a Rody.

Organizar todos los domingos la "Milonga del Cielo". Repetirme. ¿Hasta cuando?

¿Vendrá Eduardo hoy? Voy a preparar más mates. Ya casi se acabó mi yerba.

No yo, sino la que toma mate para desayunar todas las mañanas, igual que en Lyon, ya piensa en volverse. Ya tiene su reserva para el vuelo con sus hijos. La que, con las blancas piernas cruzadas enciende la radio, sigue sintiendo todo como nunca. En eso coincidimos.

Para mí que llevo sus hermosas piernas cruzadas y sus manos y su boca cuando estoy en ella, éste, también fue un tiempo distinto. De otra intensidad, de otra iluminación.

Es curioso, Eduardo se va el mismo día. Dice que le parece que vuelve como vino.

Siento haberlo conocido desde siempre. Siento que de tan conocido, de tanta confianza, puedo olvidarlo enseguida. Es como mi dormitorio en Fisherton cuando estaba con los viejos, tan doméstico, tan de cada día que ya no lo recuerdo. Diría que más bien, en vez de recordarlo, está conmigo, forma parte de mí.

Seguramente volveré el año que viene. O quizá antes. Hay que ver qué pasa en Lyon. Qué pasa con Rody y nuestra milonga. Qué con los chicos. Hay que ver qué pasa conmigo.

Conmigo, lejos de todas estas conciencias cabales de mí misma, de este sentirme hasta el dolor o la cosquilla.

El gordo detrás del cristal me inclina la cabeza amigablemente. El viaje ha finalizado en las condiciones previstas, dice la chica sonriente de la agencia de Paraguay y Urquiza.

Es normal que no recuerde nada. Y hasta aconsejable. Se han registrado casos en que los recuerdos han tenido secuelas fatales. Piense que si usted recordara cabalmente su viaje, quiero decir que si usted recordara totalmente su viaje, dejaría de ser hombre, Y eso es lo único que usted es. No conviene perder lo único que se es. ¿O sí?

No yo pero puede pensarse que le pregunto si conoce algún caso así.

Y puede pensarse que me contesta con la misma sonrisa inquietante de siempre:

Por saber las consecuencias, yo que hice el mismo viaje que usted, he decidido quedarme y no volver. Me siento mejor aquí. Pero esa no es su situación, usted ya ha vuelto. Que tenga un buen año. Quizá nos volvamos a ver.

Yo salgo a la mañana que se cataliza a cada paso, infinita en cada instante. Es una mañana de esas que parecen huecas. Una mañana agradable, fresca y silenciosa. La mañana hueca y Paraguay y Urquiza vacías. Mejor sería la mañana si no tuviera que cargar con mi valija de siempre.

No sé que pensar de la respuesta de la chica. No sé que pensar.

Tampoco sabré qué irá a pasar cuando se inauguren los recuerdos. Cuando llegue a casa y abra mi valija de siempre y encuentre entre mi ropa las docenas de bombachas nuevas y ordenadas.

*Si desea adquirir el libro completo, puede dirigirse a Librería Ross (Córdoba 1347 -  
Rosario - Santa Fe, Argentina - Tel. (0341) 4404820 / 4485378).  
O solicitárselo al autor al email [ebelbarat@uolsinectis.com.ar](mailto:ebelbarat@uolsinectis.com.ar)*